



PALIMP
SEST

REVISTA DE CREACIÓN

35

FRANCISCO MORENO GALVÁN
(La Puebla de Cazalla, 1925-1999)

Moreno Galván



*Su puertecita
no tiene aldaba,
entornaita
me la dejaba.*

*An Gekoma
78*

ÍNDICE

HUMBERTO AK'ABAL	5
<i>Recordando a Humberto Ak'abal</i> por Erich Hackl	17
<i>El mundo cantado de Humberto Ak'abal</i> por Martha L. Canfield	21
JOSÉ LUIS VEGA	29
JOSÉ LUIS BLANCO GARZA	35
ELIANA NAVARRO	43
<i>La poesía también se llama Eliana Navarro</i> por Óscar Hahn	53
KRIS VALLEJO	59
FRANCISCA AGUIRRE	69
<i>Francisca Aguirre, un pulso a la desgracia</i> por Francisco José Cruz	75
<i>La odisea con minúscula de Paca Aguirre</i> por Juan Vicente Piqueras	78
<i>Paca</i> por Margarita Sánchez	82

*Yo andaba pegando
bocaos al aire:
unas veces de rabia
y otras de hambre.*





HUMBERTO AK'ABAL

ÁNGEL DESNUDO

El angelito desnudo, sucio,
sentado sobre un trozo de madera.

Entre sus manos un libro abierto,
sus ojos atentos
como si estuviera leyendo.

Cabello negro,
cejas arcadas,
boquita roja,
alas extendidas.

Una escultura rústica, preciosa,
la vi entre un montón de artesanías
y le dije, vámonos a casa
y el ángel se vino conmigo.

Y allí está frente a mí,
casi le escucho recitar sus versos.

LA MALETA

Cuando hice mi primer viaje
fuera del país,
un amigo me prestó una valija,
la ignorancia me empujó
a meter en esa maleta toda mi pobreza,
francamente pesaba mucho,
cargué con un montón de babosadas
que no me sirvieron para nada.

Cuando volví,
vacíé la maleta
y todo era opaco,
gris,
viejo...

Para el siguiente viaje
en vez de meterlas en la valija,
las metí en la poesía,
allí se renovaron
y cambiaron de color.

Las sigo cargando
y ya no pesan.

CARÁCTER

Aquella mañana,
los ojos del viejo
se clavaron en los míos,
sin un parpadeo
me ordenó que secara mis lágrimas
y vi en ellos
la mirada decisiva
que marcaría mis pasos.

Tal vez en ese momento
comenzó la germinación
de mi carácter
y allí, sin saberlo,
el abuelo puso la piedra
donde se apoyaría mi vida
y el cimientó de mi palabra.

ESTA TRISTEZA

Esta tristeza que siento ahora
se parece a la que sentí
cuando yo era chiquito.

Mi papá se emboló
y nos quedamos durmiendo
en la calle.

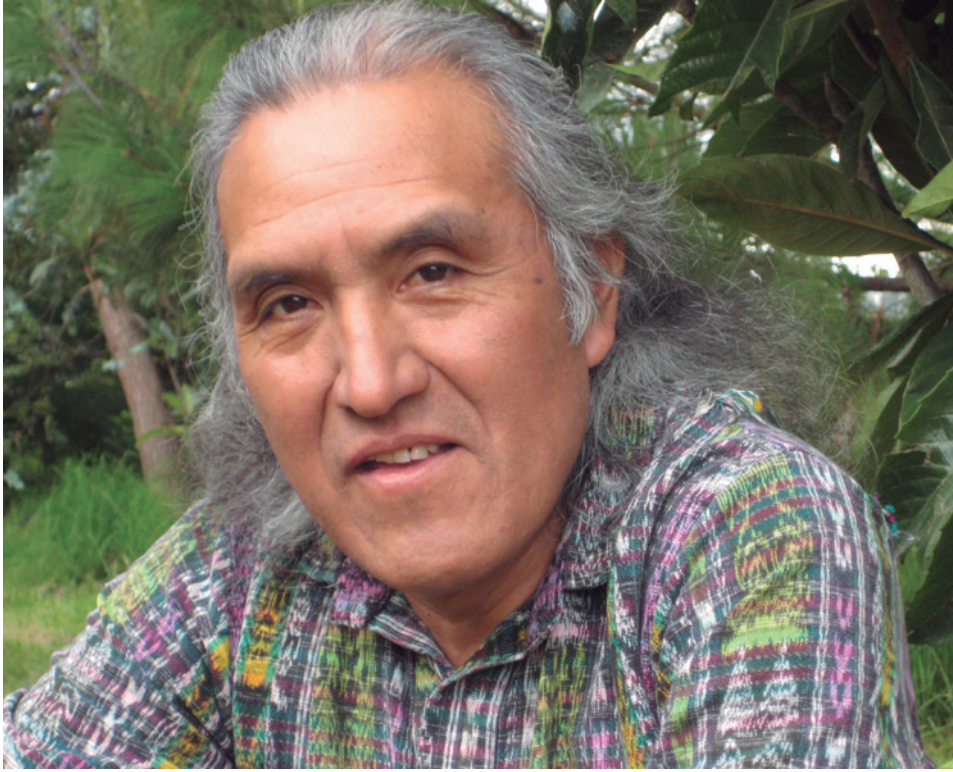
Él estaba conmigo,
pero yo me sentía solo.

SERENIDAD

Había veces que el abuelo
no pronunciaba una sola palabra.

Como si hubiera perdido la voz
solo se dedicaba a mirar,
y no estaba enojado ni triste;
era que
no quería hablar.

Hasta miedo daba
la violencia de su serenidad.



Humberto Ak'abal en 2008

DESPERTAR

HUMBERTO AK'ABAL

«Había un hombre que se lo pasaba buscando una melodía que había oído hacía mucho tiempo. Hasta que un día la encontró. Era solo una nota, un tono que había oído muchas veces: era el sonido de su propio llanto cuando dormía».

JONAS MEKAS

*Yo no podía dormir porque
sentía que el miedo me buscaba:
detrás de las sombras
debajo de las sombras
entre las sombras;
el miedo era mi sombra...*

Desperté a la vida escuchando a los abuelos y a mis padres, que hablaban cotidianamente acerca del lenguaje de los relámpagos, de los eclipses, del sonido del viento, del eco de los ríos, del significado del canto de los pájaros, de las voces de los animales, del comportamiento de los animales, del fuego y de los espantos. La mayoría de esas «lecturas» en general estaba relacionada con la agricultura y en algunos casos con catástrofes naturales o bélicas; y los espantos con su lenguaje sobrenatural relacionado con los vivos y los muertos. Así mismo, mis ojos de niño seguían los rituales que acompañaban cada una de las ceremonias que se realizaban durante el año donde el fuego era el elemento principal. Estos fueron el cimiento de mis primeros conocimientos. Todo se transmitía oralmente. Mis abuelos eran *ajq'ijab*; sacerdotes del culto al tiempo.

A pesar del temor de los abuelos y, contrario a lo que se suponía, encaminé mis pasitos a la escuela con decisión y coraje. Fue un gran paso de libertad, aprendí las primeras letras, descubrí los primeros libros y conocí también otras verdades: discriminación, desprecio y racismo. En la escuela comenzó mi alfabetización en lengua castellana. Ese principio fue un poco difícil. Recuerdo la burla, no solo de mis compañeros, sino de los mismos maestros, y es que los niños indígenas pronunciábamos mal algunas palabras, por ejemplo, decíamos *pósporo* en vez de «fósforo», o *pinal* en vez de «final». Teníamos problemas con el sonido de la letra «F», y es que en lengua maya-k'iche' no tenemos el sonido de la «F» porque en ella no existe ninguna palabra que incluya esa letra. De esa cuenta, la sustituíamos por la letra «P». Lo mismo ocurría con la letra «D»: no podíamos decir «dedo», decíamos *lelo* porque, a nuestros oídos, era lo más parecido en sonido. Si los maestros

hubieran sabido de estas carencias, quizá no se hubieran burlado de nosotros y, a su vez, nos hubiéramos ahorrado los castigos. También, en esa escuelita, teníamos una clase que se llamaba «Catequización cristiana», y la daba una persona que enviaba la iglesia católica; pero las pláticas eran más para asustarnos que para instruirnos. Después de cada clase, yo miraba al Diablo por todos lados, los demonios en todos los rincones y Dios allá arriba con su larga melena y su abundante barba blanca y su mirada severa. Sin embargo, a pesar de ese difícil inicio, haber aprendido a leer y escribir me abrió la puerta de los libros. Mi educación escolar terminó con la primaria, pero mi inquietud por los libros continuó.

En ese entonces, en el pueblo había un señor bajito y gordo a quien apodaban «Tuta». Nunca supe el nombre de esa persona. Cada dos o tres semanas, él iba a Quetzaltenango a comprar algunas revistas de historietas y dos o tres libritos de bolsillo; y durante la quincena, alquilaba por un centavo las historietas de *Kaliman*, *Juan sin miedo*, *Memín* y *El Santo, el enmascarado de plata*; y por cinco centavos, las novelas románticas de Corín Tellado, las fotonovelas de Caridad Bravo Adams y las novelas de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía. Cada vez que yo podía, alquilaba alguna de ellas. Los sábados siempre había un grupito de niños frente a la casa del Tuta. No todos sabían leer, pero se buscaba a uno que supiera y este leía para todos. Cada uno pagaba su centavo, a excepción del que leía. Más de alguna vez, hice el papel de lector.

Por aquel entonces, no se conocían las bolsas de plástico, así que los productos se empacaban en hojas de maxán o en hojas de papel periódico. Había otra persona a quien apodaban «Garrapata». Él tenía una venta de papel por libra dentro del mercado y, como la ciudad más cercana para hacer algunas compras era Quetzaltenango, este señor también iba a comprar papel por bulto y ya en su tienda las menudeaba. Entre el papel libreado que vendía, se conseguían revistas como *Bohemia* de Cuba, *Life*, *Reader Digest* en español, además de algunos periódicos que circulaban en la capital. Yo siempre pasaba a saludar a esa persona y, de paso, miraba las revistas y los periódicos, escogía los que me interesaban y compraba una libra o dos, cada libra las vendía a dos centavos. Para mí todo era material de lectura, claro, todos eran números atrasados, pero no importaba. Aunque tarde, me enteraba de algunas cosas.

Por ese entonces, fue cuando me fui a la capital a trabajar. Después de algunas semanas de estadía en la ciudad, casualmente encontré un libro en un basurero. Era un libro en inglés, le di vueltas, lo hojeé, lo vi de cabeza, de adelante para atrás y de atrás para adelante y el libro permaneció mudo. Me sentí ciego frente a una lengua para mí desconocida. Pero esto despertó mi curiosidad y comencé a buscar en otros basureros. Por increíble que parezca, encontré algunos en castellano, entre otros: *Molloy* de Samuel Beckett, *El Rey Lear* de Shakespeare y *Los Miserables* de Víctor Hugo. Estos libros no fueron fáciles para mí comprenderlos, particularmente *Molloy*, esa primera lectura fue en negro porque no comprendí absolutamente nada. *El Rey Lear* fue igual de complicado. Con el que sí me iden-

tifiqué plenamente fue con *Los Miserables*. Cada vez que veo el libro en cualquier librería, en series de televisión o en el cine, imaginariamente regreso a aquellos años, cuando me apasioné por el libro y esos recuerdos me obligan a pensar en mí.

Después de ese corto periodo en la ciudad, volví a mi casa y me dediqué al tejido y venta de ponchos de lana de oveja al lado de mis padres. Por esos años fue cuando surgió la idea de crear en el pueblo un Instituto de Educación Básica por cooperativa, con la idea de que jóvenes y señoritas que, por carencias económicas no podían continuar estudios en otros pueblos, pudieran tener acceso a una pequeña ventana de orientación. Para ese inicio, se pidió la colaboración de maestros y personas que quisieran apoyar la idea gratuitamente. Algunos maestros ofrecieron su ayuda y alguna que otra persona. Fuimos pocos los que valientemente nos inscribimos en el inicio de ese establecimiento. Soportamos las burlas de los que estudiaban fuera del pueblo en institutos formales. El equipo inicial de maestros que trabajó *ad honorem* fue variopinto: un profesor mayor de edad, que desvariaba un poco, ofrecía clases de lenguaje, llegaba y, a medida que desarrollaba su clase, perdía el hilo de su curso y terminaba hablando solo; otra persona que era tartamuda, nos ayudaba con el curso de música; un sordo, con artes plásticas; una maestra coqueta llegaba a perturbarnos con su minifalda y a dictarnos de un libro sobre estudios sociales; y una vieja gringa, monja del convento, llegó a enseñarnos a decir «yes». Otro de los colaboradores fue el perito agrónomo Marco Tulio Gómez (quien había llegado al pueblo como encargado de una oficina llamada «Desarrollo de la comunidad», esta ofrecía servicios de salud, cocina y artes manuales). Don Marco Tulio era amante de la poesía e incluso él mismo ensayaba algunos versos, así que nos regalaba pláticas de lenguaje orientado en literatura. Él se dio cuenta de mi interés por los libros y me sugirió que leyera a Mariano Azuela, Rubén Darío, José Eustasio Rivera, Ricardo Güiraldes, Jorge Icaza, Miguel Ángel Asturias, Manuel Machado, Julio Sesto y otros.

Apareció por el pueblo un predicador protestante. Entablamos amistad, asistí a su iglesia por algún tiempo, me regaló una *Biblia* y algunos libros sobre religión, los que inmediatamente se convirtieron en mi nuevo material de lectura. Leí los libros con mucho interés. En la *Biblia* descubrí la poesía hebrea en los libros de Salmos, Job, Proverbios, en los cantos de Moisés, en los lamentos de Jeremías y la poesía erótica de El Cantar de los Cantares. La parte para mí más emocionante eran las guerras narradas en los libros de los Reyes, Josué, Jueces, las sangrientas batallas donde el capitán era Dios (no sé cuántos dioses hay en la *Biblia*), pero el Dios del Antiguo Testamento era terrible, sin piedad mandaba a acabar con pueblos enteros. Asimismo, me entretuve con los romances, las pasiones amorosas y las traiciones de David, Betzabé, Salomón, la Reina de Saba, Jezabel, la lujuria de Salomé, la ternura amorosa de Jesús por María Magdalena y su conmovedora tortura en la cruz, la militarización del evangelio por San Pablo y los terroríficos escritos de San Juan desde la isla de Patmos, y, claro, en ella también encontré frases y pensamientos memorables e inspiradores.

Luego descubrí los llamados libros apócrifos y el Cristo retratado en ellos me convenció mucho más porque lo veo como un hombre verdaderamente libre, con cualidades y virtudes y, así mismo, con debilidades, apasionado. Dejaba caer frases lapidarias como estas: «No les den las cosas sagradas a los perros.» «No les den de comer perlas a los marranos.» «Nadie es profeta en su tierra.» Hacía cosas fuera de lo común: comía con los miserables, repartía su sabiduría entre los humildes, su amor no tenía límites, estaba por encima de las mezquindades, perdonaba la ignorancia: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» y también tenía carácter fuerte, sacó a latigazos a los comerciantes que vendían en el templo; y era amoroso, besaba en la boca a María Magdalena frente a sus amigos, no tuvo empacho de enamorarse de una de sus seguidoras, de una prostituta; era su compañera (su esposa), dice el Evangelio de Felipe. ¡Qué maravilla de personaje! Y si fue crucificado no fue para salvar a nadie, sino para dar ejemplo de entrega a sus principios, defendió, con su vida, su verdad. Ese es el líder que yo admiro.

Pero los dogmas de la iglesia rebotaban en mis recuerdos de infancia, me mantenían como maniatado porque todo ese prejuicio religioso de alguna manera me estropeó la vida. Tuvieron que pasar muchos años para poder despojarme de esos prejuicios. De allí la necesidad de volver mis ojos a las creencias de mis abuelos. En nuestra cultura, el bien y el mal tienen consecuencias inmediatas, en nuestra cultura no existe el cielo como recompensa ni el infierno como castigo, el bien y el mal están unidos.

Yo andaba por los diez y seis años, tuve otro amigo, Fermín. Él tenía un pequeño radio portátil que me prestaba algunos fines de semana. En una de esas noches, yo sintonizaba alguna radio lejana. La altitud del pueblo permitía captar emisoras de otros países con cierta claridad. En una de esas, capté una radio en la que hablaban de Johann Sebastián Bach. Me interesó el programa porque recordé la biografía del músico alemán que yo había leído algunos años atrás en una versión para niños (en otras páginas he contado cómo llegó a mis manos ese libro). Yo no conocía nada de la música de ese compositor y no tenía la menor idea de lo que era la música clásica. Esa noche la descubrí. Fue como entrar a otro mundo, mis oídos no estaban preparados para escuchar una obra gigantesca, me parecía algo imposible de comprender. La impresión que sentí fue similar a la que me dejaba el río Pa U'l cuando se desbordaba; esas enormes corrientes de agua que bajaban de la montaña no daban tiempo de nada, uno corría y buscaba refugio en los lugares altos y solo desde lejos contemplaba, cómo la fuerza del río arrastraba todo lo que encontraba a su paso, árboles, ranchos, personas, animales..., era impresionante ver esa espesura y su furiosa belleza. Así me sentí cuando escuché por primera vez a Bach, yo no sabía cómo entrelazar aquella biografía con esta música, me sentí confundido y a la vez atrapado. Era como tener algo entre las manos y no saber qué hacer con ello.

Ese fue el inicio, de allí cada domingo le rogaba a mi amigo que me prestara su radio a cambio de ponerle las pilas. Así fueron desfilando por mis oídos

durante dos o tres años: Mozart, Beethoven, Schumann, Chopin, Brahms... Sin proponérmelo y casi sin darme cuenta, me fui aficionando a esa música y comencé a buscar libros que hablaran de esos compositores. ¡Qué difícil resultaba esta búsqueda! Generalmente yo visitaba las ventas de libros usados, y en ellas era imposible encontrar algo sobre el tema, y no fue sino hasta cinco o seis años más tarde que, en alguna biblioteca, pude encontrar información.

Con esto, en ningún momento pretendo considerarme especializado en el tema, solo soy un profano, alguien que aprecia desde la colina la belleza de esas obras, sin ninguna pretensión de ser un estudioso de ese arte. Lo cuento porque ha sido una faceta en mi vida y porque de alguna manera ha contribuido con mi formación humana. Todo este cambio exigió de mí grandes esfuerzos porque yo tenía la cabeza llena de la música de las marimbas sencillas de mi pueblo (mis abuelos eran marimbistas y compositores), también de los cantos que mi madre cantaba y de las rancheras que bullían de las dos cantinas del pueblo. Una era de un señor llamado Urbano, él tenía una rockola y la otra era de Paquita, ella tenía un tocadiscos. Desde esos aparatos, retumbaban las canciones de Pedro Infante, Miguel Aceves Mejía, José Alfredo Jiménez, Javier Solís, Lola Beltrán, Amalia Mendoza, dúos y tríos que, por aquel entonces, andaban de boca en boca. Aprendí a tocar un poco la guitarra y, con los amigos, improvisábamos serenatas, al final de las tardes o a la luz de la luna por las orillas de los caminos. Sigo queriendo las marimbas de mi tierra y, de vez en cuando, recuerdo y canto alguna canción, pero he añadido a mi gusto musical esa otra música de dimensiones espirituales diferentes. Y una mañana de junio, triste y lluviosa, como un trueno cayó sobre mí la muerte de mi padre...

Yo tenía veinte años cuando la guerra interna en el país ya llevaba diez años y esa guerra me despertó de golpe a otra realidad. Comenzaron las persecuciones, las intromisiones de los militares a altas horas de la noche a nuestras casas, los toques de queda, los golpes de estado, y nos impusieron el terror y el miedo. Mi madre viuda no podía ella sola sostener la casa y mis hermanos pequeños aún no podían defenderse para ganarse la vida. Así que yo trabajaba para llevarles el pan, pero la tuerca se fue cerrando hasta que se hizo difícil conseguir el sustento diario.

Y volví a la capital en busca de trabajo, dejé de ser hombre de campo y me hice obrero. En las fábricas descubrí el trato amargo de los jefes. Fue una dura experiencia. Mi refugio siguió siendo los libros.

Mis lecturas poco a poco se enriquecían y mi manejo del castellano había mejorado considerablemente. En ese otro periodo de mi estadía en la ciudad, me hice amigo de un aficionado a la pintura, Heriberto. Él me contaba de sus inquietudes, de sus hallazgos y de sus frustraciones. Un día me prestó un libro: *Anhelos de vivir* de Irvin Stone. No olvido cómo desde las primeras páginas me atrapó. Leí el libro con pasión. La biografía novelada de Vincent Van Gogh agotó mis lágrimas y mi corazón quedó deshecho. En el libro de Stone no había ni un solo cuadro que me diera idea de la obra del pintor. Y aquí comenzó otro peregrinaje: la búsqueda

de libros o revistas que contuviera al menos una de las obras del trágico artista. Con esta lectura comencé a interesarme por la pintura y los pintores, pero sobre todo por sus biografías. Así descubrí a Leonardo da Vinci, Alberto Durero, Gustave Doré, Paul Gauguin, Rembrandt, Pablo Picasso, Matisse, Salvador Dalí, Gustav Klimt, Egon Schieller y otros... Descubrí museos y galerías. Debo decir que mi modesta apreciación de este arte es solo a través de la observación inmediata; no tengo capacidad para hacer ningún análisis ni mucho menos una crítica.

Y así, de manera empírica y por instinto, me fui haciendo una pequeña base de cultura general. La hermandad de las artes tiene un suspiro común que las entrelaza. De esa cuenta, me acerqué también a la escultura, la arquitectura, la ópera, las obras de teatro y al cine.

Paralelo a todo esto, yo insistía en los intentos por darle forma escrita a mis ideas. Escribía todo lo que se me ocurría, era una búsqueda angustiada, me debatía entre mi yo íntimo y el yo convencional. Estuve apegado por muchos años a la poesía rimada, a la métrica. Cuánta angustia pasé buscando una palabra esdrújula, una palabra grave o una aguda para que rimara con los versos que ya había escrito. Así mismo andaba por las calles jugando con mis dedos, midiendo los versos que tenía en mente, buscando decasílabos, endecasílabos, dodecasílabos, versos alejandrinos. Escribía cuartetos, tercetos y pareados. Ensayé sonetos (o por lo menos la idea era probarme a mí mismo si podría escribir un soneto) y me esforzaba por ejercitarme en esos encuadramientos. Descubrí la diferencia entre lo que se dice con la cabeza y lo que se dice con el corazón.

No me arrepiento del tiempo invertido en escribir esas inquietudes porque me sirvieron de ejercicios y me ayudaron mucho a manejar el lenguaje, a educar mis oídos, me ayudaron a encontrar la música de las palabras y el respiro y el suspiro. Después de todo ese camino, me acerqué al verso libre. Esta otra manera de escribir poesía no era tan fácil como podría suponerse. Aquí hube de trabajar mucho hasta encontrar el ritmo, hasta encontrar la sintonía con mi corazón, con mi respiración, con mi modo de sentir, con la música de mi lengua materna y que, a la vez, no sufriera demasiado a la hora de traducirla al castellano. Manejar en ambas lenguas la misma técnica no era una tarea sencilla... La combinación entre una idea que casi vuela por el poema y otra idea seria, terrestre y pesada como una piedra o como un mar que asegure cierta intensidad, sin que ninguna de las dos ideas se contradiga ni se noten entre ellas las costuras, de manera que parezca natural, ha sido razón y motivo de mis desvelos y de este trayecto que ya se ha hecho largo. Entre escribir, buscar nuevas lecturas y orientación, fui madurando y cada vez mi necesidad crecía y llegó un momento en el que ya no me satisfacía mostrarles mis poemas a los amigos en el pueblo.

No obstante la inseguridad con mis papeles, me armé de valor y busqué a otras personas para mostrarles mi trabajo. No voy a insistir aquí en el rechazo de que fui objeto por parte de algunos intelectuales guatemaltecos (y más de alguna vez groseramente). A quien sí recuerdo con especial cariño es al poeta Luis Alfredo

Arango. Él aceptó leer mis textos, me dio palabras de ánimo, me dio consejos y nos hicimos amigos. Durante veinte años fui asiduo visitante de su casa hasta el día en que él decidió marcharse de este mundo.

En ese ir y venir, llevando y trayendo mis poemas, y a pesar de los sinsabores que significó atreverme a compartirlos y que en un momento dado casi me desanimaron, yo no podía ser sordo al llamado de mi sangre. Seguí insistiendo, agarré valor y eché a volar mi corazón. Fue así como de nuevo me encontré con mi infancia. Había salido de mí y, después de una gran vuelta, cerré el círculo. Volqué entonces todas mis inquietudes escribiendo lo que guardaba en el alma. Poco a poco volvieron a surgir los nombres de las cosas que yo había aprendido a nombrar en la lengua de mis abuelos.

Después de varios años, como quien ve por vez primera un texto en una lengua desconocida, me di cuenta de que yo era analfabeta en mi propia lengua: hablaba maya-k'iche', pero no sabía escribirla. Y comencé a buscar libros o diccionarios de k'iche', y lo único que conseguí, en una de esas librerías de usados, fue un Nuevo Testamento bilingüe (la *Biblia* fue traducida al k'iche' por predicadores protestantes para objetivos de evangelización a principios del siglo XX). Y comencé a usar como guía de escritura esas traducciones, aunque con algunas trabas porque hasta ese momento yo no sabía ver las variaciones dialectales de una misma lengua, así que por momentos me sentía tartamudo.

El esfuerzo por escribir en mi propia lengua me llevó a internarme con mayor interés en mi mundo. Fue un destello de luz porque me ayudó a encontrar otros senderos, y así fueron surgiendo mis breves textos, sin más pretensión que el de ser yo mismo en cada palabra, en cada poema; sin retorcer el lenguaje, solo buscando sencillez y claridad para conseguir una comunicación de corazón a corazón.

Paso a paso he aprendido a caminar independiente, sin cruzarme en el camino de nadie, con plena conciencia de que he sido honrado en todo esto que yo me atrevo a llamar poesía... Y finalmente se publicó mi primer libro cuando yo rondaba los treinta y nueve años.

Sé perfectamente que mi yo íntimo mamó del barro y aprendió a hablar con las voces de los árboles, con los pájaros, con el viento. Solo cuando adquirí plena conciencia de quién era yo, pude enfrentarme finalmente a ese otro espectro del que tantas veces rehuí: el miedo. Solo el esfuerzo por adueñarme de la palabra ha sido el arma para vencer mis temores. La poesía me ha servido para tomar aliento. La poesía me ha dado las llaves de la libertad.

Todo este palabrerío no es una queja ni es para conmovir ni para convencer a nadie. Es solo una catarsis para mí necesaria, vaciar mi alma para volver a encontrarme con algunos pasajes de mi vida, momentos de sosiego, momentos de felicidad. La vida también me ha regalado amaneceres cuyo destello ha iluminado días memorables y he tenido noches en las que casi he besado las estrellas. He conocido a otros poetas, a más escritores y entre ellos, a grandes almas nobles de diferentes culturas.

Lo que he escrito, con sus alcances y sus limitaciones, no es sino mi experiencia de vida, el recorrido que he hecho por el mundo de los libros. Lo que he llevado a mis oídos y lo que he llevado a mis ojos me han servido para hacer ese gran viaje al interior de mis recuerdos y a la vez ser más observador de mi entorno. La lectura de las obras de otros me ha hecho más reflexivo, más sensible, y he regresado a la fuente de nuestro modo de ser y eso es lo que me esfuerzo por darle forma escrita, catalizando mi yo puro y echando a volar mis sueños.

Este texto, generosamente cedido por Nicole Mayulí Bieri, viuda del poeta, forma parte del libro autobiográfico, aún inédito, *El sueño de ser poeta*.

Humberto Ak'abal ((Momostenango, Totonicapán, 1952-Ciudad de Guatemala, 2019) hablaba, leía y escribía maya-k'iche' y español.

En 1995, obtuvo el Diploma Emeretissimum por la facultad de Humanidades de la Universidad San Carlos de Guatemala y ha recibido el Premio Internacional de Poesía Blaise Cendrars (Suiza, 1997), el Premio Continental Canto de América (UNESCO, México, 1998), el Premio Internacional de Poesía Pier Paolo Pasolini (Italia, 2004) y el Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias (que rechazó por llevar el nombre del autor de «El problema social del indio», tesis de grado cuyos evidentes signos racistas ofenden a los pueblos indígenas de Guatemala y que el propio Asturias reeditó en su madurez sin rectificarla).

En 2005, el Ministerio de Cultura y Comunicación de Francia lo condecoró Caballero en la Orden de las Artes y las Letras.

Entre sus libros de poemas destacan: **El animalero** (1990), **Guardián de la caída de agua** (galardonado con el Quetzal de Oro por la Asociación de Periodistas de Guatemala, 1993), **Hojas del árbol pajarero** (1995), **Lluvia de luna en la cipresalada** (1996), **Retoño salvaje** (1997), **Con los ojos después del mar** (2000), **Oscureciendo** (2002), **La danza del espanto** (2007), **Las palabras crecen** (2009) y **Las caras del tiempo** (2017). En 2001, la colección Palimpsesto publicó la antología **Todo tiene habla**.

Traducido a más de treinta idiomas, es también autor de las narraciones: **De este lado del puente** (2006) y **El pájaro encadenado** (2010). Ha publicado, además, los ensayos **La Cruz maya**, **Cosmogonía** (2015), **Surgimiento del pueblo maya: el retorno del 8 mono** (2017) y **Las ceremonias mayas: origen** (2018).

En 2016, salió a la luz su **Paráfrasis del Popol Wuj**. Póstumamente, han aparecido la antología **No permitan que el ayer se vaya lejos** (prólogo y selección de Francisco José Cruz, 2019) y **Testimonio de un indio k'iche'** (recogido por Catherine Vigor, 2020).

Al cumplirse un año de su muerte, Palimpsesto rinde homenaje a Humberto Ak'abal, quien dejó honda huella en las páginas de nuestra revista y en los recitales que dio en la ciudad de Carmona en 2001 y 2008.

RECORDANDO A HUMBERTO AK'ABAL

ERICH HACKL

*De vez en cuando
camino al revés.
Es mi modo de recordar.*

*Si caminara solo hacia delante,
te podría contar
cómo es el olvido.*

«Recuerdos» HUMBERTO AK'ABAL

De todos mis amigos escritores, Humberto fue el que me daba la mayor felicidad, por la calidez de su poesía, que me encantaba traducir, por su ternura, por su risa contagiosa (nunca me he reído tanto y tan a gusto como en su compañía), por sentirle cerca incluso cuando nos separaban miles de kilómetros. También por compartir su mundo conmigo: cuando me llevó a Momostenango, a principios de los años noventa, conocí a la gente y las cosas que pueblan sus poemas y cuentos: al abuelo, un sacerdote maya; a la madre, que sabía interpretar el murmullo de las hojas y el crepitar de la leña quemándose; a las muchachas lavando ropa en el río; al enano que tocaba el gran tambor en la orquesta del pueblo; a las gallinas, perros, tortugas, piedras, barrancos y caminos; incluso a alguno de los espantos malvados o traviesos que le interesaban sobremanera. Estuve allí, en Momostenango, cuando se enamoró de una bella y espabilada joven suiza, Nicole Bieri, quien adoptó el nombre maya Mayulí. La volví a ver muchos años después, en un recital de Humberto en St. Gallen, en 2014, cuando se publicó en Suiza su cuarto libro en alemán, y entonces conocí también a su hijo Yannik, Nakil en k'iche', un chico listo y generoso, fascinado por la historia contemporánea y heredero del buen humor de su padre.

El período transcurrido entre aquel encuentro, en 1994, y el otro veinte años más tarde fue a veces tormentoso y amargo: al rechazar el Premio Nacional Miguel Ángel Asturias, Humberto recibió ataques y amenazas, por lo que decidió exiliarse con su familia en Suiza. Años después de su regreso volvieron a amenazarle, esta vez con secuestrar a su hijo en caso de que se negara a pagar un rescate. Por la impunidad reinante en Guatemala, no le quedó otra opción que sacar a Nakil y Mayulí del país. Desde entonces, la familia solo se veía ocasionalmente, cada vez que Humberto fuera invitado a dar recitales o talleres en Europa.

Para él, Momostenango seguía siendo el centro de su vida. Sin embargo, no glorificaba a su gente, como se ve claramente en varias estrofas del poema «Aguas negras –Sermón para Sordos–», que tiene, con cuatro páginas, una extensión extraordinaria para quien siempre supo expresarse lo más breve y lo más sencillo posible: «En este pueblo, / y siento rabia y vergüenza, / hay gente que sigue lamien-

do/ las botas de los militares, / arrastrándose como sabandijas, / gente enferma de olvido: / ha visto correr la sangre / de sus hermanos, y aun así / le erige altares/ a los verdugos.» Desde que empezó a escribir, la mayor preocupación de Humberto han sido los ritos, mitos, costumbres y tradiciones de su comunidad que iba entrelazando en sus versos, «con el miedo de que estas manifestaciones en el futuro ya no estarán más, que desaparecerán total o parcialmente o que como consecuencia de la evolución de los tiempos se modifiquen, aunque mi deseo más hondo es que ese futuro sea lo más remoto posible».

Siempre me ha sorprendido la actitud hostil de tantos escritores e intelectuales guatemaltecos hacia Humberto. No comprendían, o no querían comprender, que en su obra buscaba guardar la memoria de vivencias en peligro de extinción. En contra de lo que decían sus detractores nacionales, eso ha sido el motivo principal por el cual le apreciaban en tantos países de Europa, el Medio Oriente, Asia y América, ya que la lucha por la memoria como base y fuente de resistencia es y sigue siendo una preocupación colectiva frente al capitalismo destructor. Pero el grueso de sus compañeros de oficio en Guatemala se burlaba, con claros tintes racistas, de su atuendo maya, porque llevaba el pelo largo –en honor a su abuelo materno–, porque arrastraba una pierna –como secuela de la poliomielitis que había sufrido de niño– y porque insistía en expresarse en una lengua, el k'iche', considerada inadecuada para la creación literaria. «El mundito literario de este país es un escorpionero», me escribió en octubre de 2009, «así que desde hace ya algunos años me he alejado de toda esa farándula, ando solo, me las arreglo solo y si no fuera por los amigos como tú, casi estoy condenado al mutismo.» Cinco años más tarde me comunicó con alegría que «dos de mis libros fueron incluidos en las bibliotecas escolares que patrocina el Estado, y por eso viajé a varios pueblos de Guatemala para platicar con los niños, leerles mis poemas e invitarlos a la lectura, fueron días maravillosos, compartiéndolos con los chiquillos, con los maestros y los padres de familia».

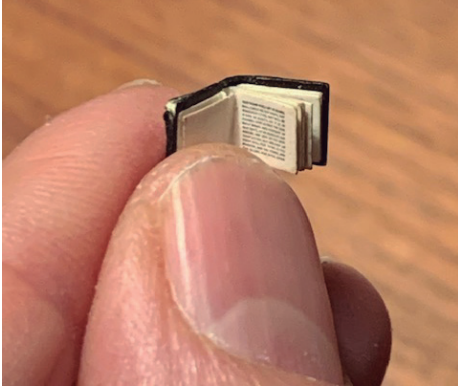
Para mí, el tiempo compartido con Humberto, en nuestras andanzas por Suiza y Austria, viajando de ciudad a ciudad y de recital a recital durante una o dos semanas, me reafirmaba en una postura difícil de conservar en nuestro oficio, si no te puedes apoyar en otros: de ser fiel a sí mismo, no ceder a las presiones o tentaciones del mercado, rechazar lo que se suele llamar éxito o triunfo. Había otras prioridades. Recuerdo que en un viaje que hicimos en coche, de repente me pidió que parara, y se tiró en una pradera al lado de la carretera para sentir y recuperar la energía de la tierra. Fue una necesidad, no una pose para llamar la atención. Destacó, en el trato cotidiano, por su modestia y gentileza. Y por lo que ya he mencionado, el buen humor. A pesar de ser autodidacta, y además pobre, tenía amplios conocimientos de la cultura universal. Aprovechó los recitales para ir en las mañanas a los museos y las galerías de arte. El Centro Robert Walser, en Berna, nunca tuvo un visitante de tan lejos, y tan familiarizado con la obra del escritor suizo, como Humberto. Recuerdo que en Salzburgo casi perdimos el tren porque nos llevó tiempo copiar la Poesía Completa del italiano Tonino Guerra, cuya literatura se nutría de la misma materia que la suya, y porque insistió en ver

el museo de Mozart. Me dio, con su propio ejemplo, la certeza de que las diferencias culturales no son barreras insuperables. Es decir, que ni él ni yo buscábamos los aspectos extraños o exóticos de una sociedad a primera vista diferente a las nuestras. Nos atraía la similitud. Llegamos a la conclusión de que los seres humanos, vivan donde vivan, tienen los mismos sentimientos y se emocionan por los mismos motivos. Somos iguales. Lo decía Humberto a propósito de sus experiencias en Japón, y lo pienso yo cada vez que me acuerdo del encuentro con su madre en Momostenango.

Una vez le llevé a Steyr, mi ciudad natal, para que conociera a la mía. Sobra decir que se entendían a la perfección a pesar de que Humberto no hablaba alemán ni mi madre ninguno de los idiomas que él dominaba (aparte del k'iche' y del castellano, el francés y el italiano). Años más tarde, cuando ella ya había fallecido, escribí la historia de mi madre y del mundo desaparecido de su infancia. *Este libro es de mi madre*, lo titulé, y como modelo me servían los poemas coloquiales y anti-retóricos de Humberto: una crónica, la de una muchacha, de su familia, de una época en un pueblo remoto de provincias. En cuanto salió la traducción al castellano, fui a correos para enviarle un ejemplar a Humberto, como regalo de sorpresa, por gratitud y porque siempre me pedía, en sus mensajes, que saludara a mi madre de su parte. Al cabo de unas semanas le pregunté por *mail* si ya había recibido el libro. Me contestó con pena que mi envío no le llegaría nunca, «porque desgraciadamente en este país impera una corrupción asquerosa, y las oficinas de correos están paralizadas desde hace un año». Así que dimos por perdido el regalo hasta que un año más tarde recibí su acuse de recibo. «La única explicación que se me ocurre es que tu señora madre quería que yo tuviera su libro... Tú me lo dedicaste en España el 16-01-2017 y llegó hoy 16-01-2018, ¿no te parece increíble? [...] Seguramente, tu madre, allá donde se encuentre, se estará riendo...»

En contra de lo que pensaban los envidiosos, Humberto y su familia sobrevivían a duras penas, y más aún durante su exilio suizo. Allí, en Le Locle, la patria chica de Mayulí, sufrió además de los inviernos largos y especialmente fríos. Sin embargo, fue capaz de reírse de sí mismo: «Si me vieras, mi piel es de color gris, como no tenemos sol, pues, imagínate, me estoy descolorando, tengo el color de una lagartija vieja; y sigue nevando, a mi derecha la ventana es blanquecina, la maquinaria que limpia las calles ya no puede raspar más, así que caminamos sobre hielo, nos mantenemos a 10 y 12 grados bajo cero, ahora mismo mientras te escribo tengo un pequeño calentador frente a mis pies, bueno, son toda una experiencia estos climas rudos...»

Estuve completamente de acuerdo con la propuesta del escritor austriaco Karl-Markus Gauss, hace ya muchos años, de otorgar el Premio Nobel de Literatura a Humberto Ak'abal. Por una vez hubiera sido una decisión justa y valiente. Además, con tal distinción se hubiera reconocido a todas las literaturas indígenas ninguneadas por los fanáticos de la globalización y del racismo. Sé que no es una compensación *post mortem*, ni nada parecido, pero el hecho de que le dedicaran *este año* la Feria Internacional del Libro de Guatemala —de la que me informó en su último mensaje, en diciembre de 2018— no le disgustaba.



Una de las aficiones de Humberto era coleccionar libros diminutos, del tamaño de una caja de cerillas, que guardaba en un estante de su casita en Momostenango. Me describió la reacción de su madre cuando se los mostró, «hubieras visto con qué ternura los tomó en sus manos y los acarició, le encantaron esas miniaturas e hizo 100.000 preguntas». Le tenía guardado un ejemplar del libro más pequeño del mundo –de hace décadas– que me ha-

bía legado mi madre. Se lo quería dar la próxima vez que nos veríamos. Pero eso ya no va a pasar.

Ahora que repaso nuestra correspondencia, me doy cuenta de que la muerte no solo formaba parte de su poesía, sino que aparecía con frecuencia en sus pensamientos. Y no hablo de la falsa noticia difundida en octubre de 2000 por la revista estadounidense *Harper's Magazine*, según la cual Humberto había fallecido en un accidente de tráfico. «Ya estoy más cerca de la tumba que de las aventuras», escribió en octubre de 2004 desde Le Locle, y en diciembre de 2012, al darme el pésame por la muerte de mi madre, desde Momostenango a Viena: «Tarde o temprano tendremos que dejar el espacio que ocupamos sobre la tierra, es verdad; sin embargo, el corazón lo siente de otro modo.» Compartimos la sensación de que el camino de la literatura, o sea el acto de escribir, se nos iba haciendo cada vez más empinado. «Yo, como podrás suponer, sigo insistiendo, sigo escribiendo, neceando a pesar de los tropezones, las caídas y todo lo que conlleva este bello arte, pero es difícil dejarlo, ya no puedo, creo que me moriré escribiendo.»

Esta ha sido su frase favorita en k'iche': *Areta k'ulo ri kaj ka si'janta pa awi?* «Es una frase de despedida que se le dice a alguien muy querido.»

Que el cielo florezca sobre tu cabeza, Humberto Ak'abal.

Erich Hackl (Steyr, Austria, 1954) realizó estudios de Filología Germánica e Hispánica en Salzburgo, Salamanca y Málaga. Fue lector de alemán en la Universidad Complutense de Madrid y profesor de español en la Universidad de Viena.

*Ha traducido, entre otros autores, a Idea Vilariño, Rodolfo Walsh, Eduardo Galeano, Luis Fayad, Ana María Rodas y Humberto Ak'abal, del cual versionó tres libros: **Trommel aus Stein** (1998), **Das Weinen des Jaguars** (2005) **Geistertanz** (2014).*

*Miembro de la Academia Alemana de la Lengua y la Poesía, sus últimas publicaciones en España son: **El lado vacío del corazón** (2016), **Este libro es de mi madre** (2017), **Como si un ángel** (2019) y **Los motivos de Aurora** (2020).*

EL MUNDO CANTADO DE HUMBERTO AK'ABAL

MARTHA L. CANFIELD

Desde las más antiguas culturas, o desde los más antiguos poemas épicos o religiosos, donde la poesía no puede ser sino mágico-litúrgica, aprendemos que con la palabra se crea y se destruye, con la palabra se fija el destino, porque el destino (*fatum*) está indisolublemente ligado a la cosa dicha (en latín *fari* = decir). Por eso Casandra no es únicamente la anunciadora, sino también la provocadora del mal enunciado¹. Hay una fatalidad de la maldición y del ensalmo que viene de la palabra, siempre de origen divina, o semidivina. Y hay una embriaguez del verbo, más evidente en la creación poética, por la cual los poetas se dicen instrumentos de los dioses (o de las Musas). Del mismo modo, hay una desesperación implícita en el anonimato, en el ser sin *nombre*, o *nadie*, condición sentida como síntoma de la creciente masificación o, peor aún, como forma violenta de marginación social. *Dar un nombre* significa *crear, llamar a la existencia*, mientras *no tener nombre* significa *no existir*.

Humberto Ak'abal, nacido en el seno de una familia de principales de la comunidad maya k'iche' de Momostenango (Guatemala), nieto de un sacerdote maya de quien solía decir que lo había aprendido todo, escribía en su lengua y se autotraducía en español. *Ajkem tzij, Tejedor de palabras*, es el título que él mismo ha dado a la antología de su obra poética, tanto en el volumen en español, realizado bajo el cuidado de Carlos Montemayor², como en el volumen en italiano, realizado por Emanuela Jossa³, como en la versión portuguesa⁴ y en las muchas lenguas en que ha sido traducido (alemán, francés, inglés, catalán, japonés, hebreo, etc.). En el título se reúnen y se suman dos gestos: el del «trenzador de palabras», que es la exacta versión española de la palabra k'iche' con la que se nombra al poeta, y la del «tejedor» propiamente dicho, que ha sido el oficio de sus abuelas, tejedoras de lana de oveja. El título no es solamente un juego de palabras de valor estilístico y emotivo para el autor, sino mucho más que eso: indica claramente que estas palabras no nombran simplemente la materia, sino que son materia; y

¹ Anita Seppilli, *Poesia e magia* (Einaudi, Torino, 1982), p. 70.

² Humberto Ak'abal, *Ajkem Tzij, Tejedor de palabras*, estudio preliminar y selección de Carlos Montemayor, (Fundación Carlos F. Novella, Guatemala, 1996). Existe una cuarta edición corregida, pero con el estudio de Montemayor reducido a una breve presentación: *Ajkem Tzij* (Cholsamaj, Guatemala, 2001).

³ Humberto Ak'abal, *Tessitore di parole*, trad. de Emanuela Jossa, prólogo de Martha Canfield (Le Lettere, Firenze, 1998).

⁴ Humberto Ak'abal, *Ajkem Tzij / Tecedor de palabras*, trad. de Ilka Brunhilde Gallo Laurito, selección y prólogo de Affonso Romano de Sant' Anna (Editora Melhoramentos, São Paulo, 2006).

que, componiéndola en un cierto orden, o sea *tejiendo las palabras*, se da vida a un mundo. Los objetos inertes adquieren movimiento, sentimiento, alma:

EN EL SUELO

La luna
busca algún agujero
en las casas de adobes,
entra
y se sienta en el suelo.

Y las voces de la memoria se renuevan en las voces de la naturaleza, porque cada cosa tiene un alma, cada sonido es una voz:

EN LAS VOCES

En las voces
de los árboles viejos
reconozco las de mis abuelos.

Veladores de siglos.
su sueño está entre las raíces.

La poesía de Ak'abal, como en general la poesía indígena de América, silenciada durante siglos por la cultura oficial, por un lado nos devuelve a la lengua hablada, y por otro nos sumerge en el ámbito de lo sagrado; porque, en efecto, no puede ser sino sagrado ese espacio en el cual *se llama a la existencia*. El lenguaje hablado, por otra parte, está más cerca de la poesía que de la prosa, es menos reflexivo y más natural: por lo mismo —deduce Octavio Paz— resulta más fácil ser poeta sin saberlo que prosista⁵. Y Ak'abal, que en sus versos se define como «un indio pobre», mientras exige el uso de la palabra como un derecho inalienable e inseparable del derecho a la existencia, ha contado sin esconder su dolor que para realizar el noble oficio de poeta por mucho tiempo tuvo que resignarse a «tratarlo como sobretarea», ya que no contaba con el tiempo que deseaba, debiendo «trabajar en otra cosa para sobrevivir». Así, degradada por la cultura oficial, la antigua sociedad que veneraba al sabio y al poeta en una sola identidad, ahora tiene que ver a sus poetas sobreviviendo apenas en las periferias, luchando para recuperar la palabra, sudando para crear poesía. Y no obstante las dificultades, ellos son poetas incluso contando experiencias mínimas, usando el lenguaje inmediato de la conversación, precisamente como ha hecho Ak'abal.

El mismo Octavio Paz ha estudiado un fenómeno que aparece en los más antiguos cultos orientales y mediterráneos y que más tarde vuelve a aparecer en otros movimientos religiosos cercanos al cristianismo primitivo. El fenómeno, conocido científicamente como *glosolalia*, consiste en recurrir a palabras y sílabas

⁵ Octavio Paz, *El arco y la lira* (Fondo de Cultura Económica, México, 1986), p. 21.

sin sentido. Hay en la América indígena grupos que la practican y uno de estos grupos se encuentra justamente en una población de lengua maya de la península de Yucatán⁶. También en la poesía de lengua española la glosolalia es un fenómeno recurrente: en nuestro siglo basta recordar la experiencia límite de *Altazor* (1931) de Vicente Huidobro. Ahora bien, este modo de abandonarse al frenesí de sílabas y de voces rítmicas demuestra –según Octavio Paz– la afinidad profunda entre experiencia poética y experiencia religiosa, todavía no completamente explicada⁷.

Una experiencia inolvidable para quien conoció a Ak'abal y tuvo el privilegio de oírlo leer sus poemas, era escucharlo recitar textos donde emergía su amor por la naturaleza y por cada una de las criaturas perceptibles. Allí resulta claro que los nombres de los pájaros, las voces de los animales y las onomatopeyas no tienen traducción y por lo mismo el vocablo k'iche' debe mantenerse en la traducción (ya sea en el español de su autotraducción como en las otras lenguas en las que ha sido traducido). Así, por ejemplo, sentimos sonar y vibrar efectivamente las campanas, comunicando un mensaje de amor, cuando el sacristán las agita; y ello no puede decirse más que con la precisa onomatopeya k'iche': «tangalana, tangalana, tangalana»⁸. Y nos sentimos trasladar al corazón de la naturaleza y escuchar pájaros desconocidos que cantan cuando el poeta recita (y por suerte hay varias grabaciones de ello) el poema que ha titulado en español «Cantos de pájaros», pero cuyo texto no tiene traducción porque los nombres de los pájaros son onomatopeyas de sus distintos cantos:

Klis, klis, klis...

Ch'ok, ch'ok, ch'ok...

Tz'unun, tz'unun, tz'unun...

B'uqpurix, b'uqpurix, b'uqpurix...

Wiswil, wiswil, wiswil...

Tulul, tulul, tulul...

[...]

El poeta solía explicar, cuando se disponía a recitar este poema, que en lengua k'iche' «nombrar a los pájaros es como cantar con ellos».

Así, él supo arrastrarnos en un contacto directo con una percepción de la realidad distinta de la que tenemos normalmente y siempre nos hace experimentar una sensación de maravilla y de adhesión inmediata. Porque lo que Ak'abal nos restituye –así como otros poetas indígenas de América– es la comunión entre la palabra pronunciada y la realidad creada; de esta manera, por un momento, él logra cerrar esa terrible herida del hombre contemporáneo, causada por la escisión

⁶ Felicitas Goodman, *Speaking in tongues. A Cross Cultural Study of Glossolalia* (University of Chicago, 1972).

⁷ Octavio Paz, «Lectura y contemplación», en *Sombras de obras* (Seix Barral, Barcelona, 1983), p. 18.

⁸ «El campanero».

entre el hombre y el mundo, entre el mundo y Dios. Naturalmente, el alivio es más fuerte cuando oímos la voz cautivadora del poeta. Pero el efecto se produce igualmente mediante la lectura silenciosa de sus versos, mediante la apropiación visual de palabras que remiten a sonidos que remiten a «cosas», en cuya corriente vital nos sentimos sumergir felizmente. Lo que la poesía de Ak'abal restituye es la experiencia sin tiempo de la comunión. Experiencia altísima, si podemos creer, aún con Octavio Paz, que la poesía es la vía de acceso al tiempo puro, la inmersión en las aguas primigenias de la existencia.

Para el lector europeo, y en general para quien vive en la sociedad moderna telemática y virtual, en la cual la antigua comunión ha sido quebrada y la relación con los antiguos dioses ha sido reprimida u olvidada, esta poesía llega como una onda de aire puro, para devolvernos el sentido de lo tangible y la fuerza emotiva del contacto y de la comunión. Dice por ejemplo Ak'abal:

EL CIELO

Si te encaramás a un viejo ciprés
y trepás por sus ramas,
verás que la tierra
no está lejos del cielo.

En Momostenango
podrás tocarlo.

Y más adelante:

LOS COLORES

Los colores en nuestros tejidos
no destiñen:

solo envejecen.

O bien:

PIEDRAS

No es que las piedras sean mudas:
solo guardan silencio.

En fin, de esta poesía sale asimismo una lanza: una voz que se clava en nuestro corazón, trayéndonos el dolor de un pueblo entero humillado, asediado, agredido, diezmado ya en los primeros años de la Conquista. Esta voz despierta en nosotros un sentimiento de culpa, por pertenecer al mundo que llevó hasta ellos sangre y destrucción. Pero dado que al mismo tiempo sentimos que su voz es capaz de levantarse todavía, ella nos reconcilia ulteriormente con esta capacidad del hombre –sea de donde sea– de renacer, de volver a hacerse oír de alguna manera, de comunicar esa encantada armonía con la naturaleza que nuestra civilización hoy día está tratando insensatamente de abolir.

La voz de Humberto no nos va a faltar: ella está destinada a durar en el tiempo y a iluminar a las generaciones que vendrán. Nos va a faltar su persona, su amistad, su cordialidad; y también su humorismo, que se pone de manifiesto sobre todo en algunos breves relatos cargados de ironía y de inevitable crítica a la sociedad que ha reprimido a su pueblo, como «Mi cabello»⁹, que él escribió en el año 2004 y que leyó en Florencia en el Teatro Comunale de Antella, poco después de haber recibido el Premio Internacional Pier Paolo Pasolini.

En fin, para cerrar esta evocación de su persona y su obra, parece justo reproducir la sentencia del jurado del Premio Pasolini, presidido por la escritora italiana Dacia Maraini y compuesto por Alessio Brandolini, Biancamaria Frabotta, Francesco Agresti y quien escribe estas líneas:

El Jurado del Premio Internacional Pier Paolo Pasolini ha elegido por unanimidad a Humberto Ak'abal como figura internacional, teniendo en cuenta el mismo espíritu pasoliniano de estímulo a las voces procedentes de ámbitos marginales respecto de la cultura oficial, así como el gran valor que Pasolini daba a la diversidad, a la apertura a horizontes multiculturales y, muy especialmente, a la relación entre lengua y dialecto —era su caso personal— o, dicho en otros términos, entre lengua oficial «paterna» o de la «patria» y lengua local «materna» o de la «matria», que en este caso corresponde a la relación conflictiva e incluso violenta entre la lengua del conquistador y la lengua hablada por el pueblo subyugado.

Roma, 5 de marzo de 2004

⁹ El texto fue escrito en el año 2004 y Ak'abal lo leyó en Florencia en el Teatro Comunale de Antella ese mismo año. Más tarde fue publicado en el nº 21 de la revista *Palimpsesto* (Carmona, 2006).

Martha L. Canfield (Montevideo, 1949) vive en Italia desde 1977. Catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Florencia, ha editado en italiano autores hispanoamericanos, y en español, autores italianos, además de publicar estudios sobre López Velarde, Quiroga, Borges, Aurelio Arturo, García Márquez o poesía chicana. Dirige la colección Latinoamericana de la editorial florentina Le Lettere.

*Como poeta ha escrito seis poemarios en español: **Anunciaciones** (1977), **El viaje de Orfeo** (1990), **Caza de altura** (1994), **Orillas como mares** (2005), **El cuerpo de los sueños** (2008) y **Corazón abismo** (2011, 2013); y cinco en italiano, **Mar/Mare** (1989), **Nero cuore dell'alba** (1998), **Capriccio di un colore** (2004), **Per abissi d'amore** (2006) y **Luna di giorno** (2017).*

Miembro fundador y presidente del Centro Studi Jorge Eielson de Florencia, dedicado a la difusión de la cultura latinoamericana, ha obtenido los siguientes galardones: Premio Especial de Poesía de la Asociación italiana «La Cultura del Mare» (2000); Premio de Traducción «Circe-Sabaudia», por sus versiones de Luzi, Bigongiari, Pasolini (2001); Premio de Traducción de los Institutos Cervantes de Italia por sus versiones de Mario Benedetti (2002); Premio «Orient-Occident for the Arts» (Rumania, 2006) y Premio Iberoamericano Ramón López Velarde (México, 2015).



*Ahora yo no pienso iguá:
no son iguales los tiempos,
de sabios es el cambiá.*





*¿Dónde ibas de madrugá
con mantoncito de flecos
y la carita tapá?*



JOSÉ LUIS VEGA

APUNTE EN LA PORTADILLA DEL *BARDO TODOL*

...un viento terrorífico me arrastró hasta las puertas de los úteros. Uno, entre los oscuros, tenía tenue luz de piso de segunda y un confort de pecera que invitaba. Allí me guarecí. Había restos de vidas anteriores y heliconias rosadas. Floté y medré como en las aguas densas de los versos de Ovidio y al mes nueve nací bajo una estrella obtusa, de pobre resplandor. Vine a dar a estas tierras racionales, a estas islas incrédulas que no van a la mar ni al horizonte, sino a los laberintos subterráneos de mi propio interior. Y aquí estoy confinado a este nombre y apellido. Pude haber sido otro: un alias, un ciempiés, un árbol mudo. Pero soy lo que he sido. Ya veremos qué pasa cuando muera otra vez.

REMINISCENCIA

Aún tengo la borrosa certeza
de haber vivido antes las callejas
de una ciudad oscura, como esta.
No es *dejá vu*, más bien sobrevivencia,
cierto olor a sargazo que comprueba
lo que el delirio sueña.

Aun escucho la jerga
de los embarcaderos, la grita de taberna,
como cuando miramos una escena
sin audio, con fondo de goletas.
Oh, aroma de rúa vieja,
rostro que se refleja
en la dársena quieta.
Nada épico, apenas consecuencia,
y una rancia sospecha
de molusco atrapado en la materia.

LA LIBRERÍA

Otra vez la ciudad fugaz del sueño.
Otra vez la calleja, la vieja librería
de oculta campanilla en el umbral.

No es circular su planta, tampoco laberíntica:
es una idea fija por cuya puerta única
nadie sale ni entra.

Los altos anaqueles están llenos de libros de poesía
y un gato se pasea entre los tomos
ronroneando en una lengua muerta.

Detrás de la vitrina,
subido a los andamios, un viejo, casi arácnido,
sacude los enigmas de las estanterías.

GOLDEN STREET (Apunte al dorso del *Libro del desasosiego*)

¡Calle de los Doradores!
¿Quién fui cuando almorzaba
en tus fondas oscuras: un pequeño burgués,
un mentidor, acaso el amanuense
de una razón social

o el mozo dorador de algún taller
que murió de mercurio por la tarde
sin nombre ni apellido que anotar?

Tal vez solo confundo lo leído
con lo que quise ser; lo delirado,
con lo que no seré.

A veces, sin embargo, recurren a mis sueños tus fachadas
y allí, donde antes hubo freidurías,
lugares de penar, algún burdel,
escucho a contertulios invisibles preguntando:
«¿qué habrá sido de él?»

IMAGO

Cuando vaya de viaje,
Imago, ven conmigo.
Ábreme tus tabernas y castillos,
devuélveme al delirio de la únicas.
Ayúdame, Virgilia, a la vigilia.
No dejes que me duerma en la corriente
donde sueñan sin fondo los ahogados.
Extiéndeme tus manos, aunque tengas
las uñas mal pintadas.
Muéstrame los paisajes parentales.
Y cántame, sedúceme con boca de sirena,
que yo sabré auscultar
en el humo que oculta las palabras
el eco de las tuyas.

CANCIÓN DESAFINADA ESCRITA AL DORSO DE UNA ESQUELA

El día que yo me muera
vendrán muy pocos a verme.

Vendrá Ella, con su hueste,

vestida de luto entero,
a darme un beso de amor
en la mejilla.

Y un anciano caballero
vendrá, de lado el sombrero,
a compungir un rincón.

Quizás venga la poesía
a procurar mi rodilla,
como sucedió en los versos
de Juan Ramón y Rimbaud.

Si fuese oscuro el camino,
vendrá la Imaginación
con la diestra en son de paz
y en la izquierda un antifaz
con el rostro de mi madre.

Y vendré yo a contemplarme
echado cuan largo soy.

Y tras de mí, cabizbajos,
estarán los esenciales:
el Uno, el Dos y, tal vez,
el abrazo de los Tres.

José Luis Vega (Santurce, Puerto Rico, 1948), profesor jubilado de la Universidad de Puerto Rico, donde estuvo al frente del Departamento de Estudios Hispánicos y fue decano de la Facultad de Humanidades, dirigió además el Instituto de Cultura Puertorriqueña.

*Ha publicado los libros de poesía: **Signos vitales** (1974), **Las natas de los párpados** (1976), **La naranja entera** (1983), **Tiempo de bolero** (1985), **Bajo los efectos de la poesía** (1986), **Solo de pasión / Teoría del sueño** (1996), **Letra viva, 1974-2000** (antología, Visor, Madrid, 2002), **Sínsoras** (Seix Barral, México, 2013), **Botella al mar** (con nueve estampas originales de Oscar Lagunas, Estampa Ediciones, Madrid, 2014) y **Música de fondo** (Pre-Textos, Valencia, 2016).*

*Como ensayista ha escrito **El arpa olvidada. Guía para la lectura de la poesía** (Pre-textos, Valencia, 2014).*

Académico correspondiente de la Real Academia Española y de las academias de Estados Unidos, República Dominicana y Bolivia, en la actualidad es el director de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española.

Por su gestión cultural, ha sido distinguido, en España, con la Encomienda de la Orden de Isabel la Católica y, en Puerto Rico, con la Medalla de la Fundación Ricardo Alegría.



*Uno al lado del otro
andando el mismo camino,
llevando las mismas penas
nos vamos haciendo amigos.*



*He partió una cinta verde
pa jacerte un lazo en el pelo,
y la mitá más cortita,
una cinta a mi sombrero.*



JOSÉ LUIS BLANCO GARZA

MADRIGAL

Tú eres la Gracia que me quiso dar la vida
en mi hora de suerte, eres un don del cielo
por el que la amargura del mundo amarga menos.

LOS REYES MAGOS

Han venido los Reyes a dejarme
la bondad en la cara de mis nietos:
sus corazones cándidos sonríen
al instante feliz tan verdadero.

Y como son unos Reyes espléndidos,
me han traído también el buen recuerdo
de mis hijas tocando la ilusión,
de la propia niñez...
Por un momento
–claro como las almas infantiles–
el mundo está bien hecho.

ME ACUERDO

Me acuerdo de mi madre
encendiendo la copa.

Me acuerdo de mi madre que nos daba
la risa y las papochas,
el tazón con la leche
olorosa.

Me acuerdo de mi madre que zurcía
los sietes en la ropa
y, con el hilo de su corazón,
las roturas más hondas.

Me acuerdo de mi madre,
de su alma prodigiosa
que nos bajaba la fiebre y el miedo,
que barría las sombras.

BENÉVOLO INVENTARIO

En las tranquilas noches que uno ama,
cuando suena la vida a nuestro lado
sin ruido, con música acordada;
en unos pocos libros admirados

que charlan con nosotros de lo humano
y lo divino; en la penumbra clara
del mostrador que a veces frecuentamos;
en el tiempo amigable, de bonanza,

en el aroma del café, en las nubes
maravillosas siempre cuando pasan,
viajeras por el cielo, y en el humo

que escapa porque no quiere techumbre;
en los niños que juegan en las plazas
y en los recuerdos... no parece el mundo.

COSAS DE NIÑOS

Padre nuestro que estás donde tú quieras,
me acuerdo de aquel niño al que le prometías
el cielo y el infierno, de su fe y de su tímida
inocencia de niño entre sustos y brevas.

Padre nuestro que estás donde la guerra
los infantiles huesos destroza y la alegría,
me acuerdo de aquel niño a quien tanto querías
y asustabas de pronto con tu voz como piedra.

Padre nuestro que estás donde la paz
levanta sus asilos, su mano que acaricia
la hermosura del mundo, me acuerdo de que iba

contándote mis cosas más hondas y más nimias,
esas cosas de niño que se ha llevado el mar
del tiempo en su oleaje, tantas cosas tan mías.

CATÁLOGO - PASEO DE MI CIUDAD

Un alcor que domina una ancha vega
y un puñado de casas aldañas
donde se ven caídas las hazañas,
rotos recuerdos y la inmensa siega

de los siglos. En una misma entrega
tienes aquí verdades y patrañas
de la Historia, la luz en que te bañas
y la niñez que todo se lo juega,

el libro de las calles siempre abierto
cuando paseas con tu compañía
y está la nave del deber en puerto...

Y después, cuando el aplicado día
se demora en las plazas, un concierto
de gorriones que no viene en la guía.

LA HERENCIA DE DARWIN

«Por línea inglesa directa todos descendemos de Darwin.»

AUGUSTO MONTERROSO

...Sin abundar, del mono es la costumbre
tan verdaderamente nuestra, Fabio,
de andarse a todas horas por las ramas;
y el plagio que condena solo al necio,
pero que manejado con estilo
puede escribir tu página en la historia
—o, por lo menos, un renglón feliz—.

Él fue quien nos legó la vida breve
y su tristeza un poco misteriosa.

A nosotros se deben ciertos hábitos
como la hipocresía, los idiomas,
las estatuas ecuestres, los distintos
—y ya parece ser que irremediables—
ministerios, la música, el elogio
tanto del bien como del mal y una
rara creencia en cosas imposibles.

BEBÉ NEANDERTAL

*Reconstrucción realizada por Elisabeth Daynés, presente
en la exposición Neandertales. Desde Iberia hasta Siberia.
Museo de la Evolución Humana. Burgos.*

Un niño neandertal me mira hoy
desde su inmensa lejanía; miro
la niebla de sus ojos y me miro
frágil, desnudo y lo demás que soy.

El miedo de sus noches me imagino,
el sol que le devuelve la alegría,
el suceder sin tregua de este día
misterioso y tenaz que es su destino.

Entre los suyos él tendría un nombre

de sílabas felices, y lugares
donde soñar y gestos familiares;

aunque ahora parezca que me asombre,
compartimos la risa y el espanto
y las maravillosas nubes, tanto.

MAESTRO VILLON

«Ni loco del todo ni del todo cuerdo»

FRANÇOIS VILLON

Cuerdo Villon que hablas de la vida,
de mozas y tabernas mal cerradas;
nos recuerdas que el hombre es una caña
que quiebra el viento de los malos días.

Por eso tú te buscas la alegría
y no dejas pasar ninguna chanza,
loco Villon que en unas pocas páginas
vivirás siempre sin perder la risa.

Cuerdo Villon que hablas de la muerte,
de la vejez; y que repicas hondo
con la verdad que nos golpea a todos:

en el viejo París de los burdeles,
loco Villon, te encuentro por las calles
donde sueñas tus días inmortales.

DESDE EL PRINCIPIO

Como cualquiera de nosotros,
Meursault aguarda, dentro de su celda,
el imparable curso de las cosas
y perder para siempre lo que fue
suyo un momento.

Las horas luminosas con Marie,
en el mar, por ejemplo.

PASAJEROS

En Atocha uno piensa en el destino.
Trenes de cercanías o de larga distancia
nos llevan por costumbre, por azar.
Aquí se cruzan todas las miradas.

El juvenil ensueño, la madurez juiciosa
y el mendigo que exhibe una tragedia falsa
—o un abismo real— con el triste lunático,
el asombro del niño y la vejez callada.

Aquí se cruzan todos los caminos.
El hormiguero humano sus afanes baraja
desde primera hora. De un lado a otro va,

feliz o descontento con su carga,
y es difícil saber adónde o para qué
nos llevan tantos trenes, por qué la vida pasa.

José Luis Blanco Garza (Pozoblanco, Córdoba, 1950) vive en Carmona desde sus primeros días, ciudad donde fue maestro de escuela hasta su jubilación.

Es autor de los libros **Relectura** (S&C Ediciones, Carmona, 1998) y **99 soles** (Signatura Ediciones, Sevilla, 2001), así como de **Una vida cualquiera**, cuyos poemas han ido apareciendo en diversas revistas: *Palimpsesto*, *Estela*, *Nadie*

Parecía, *Anuario Informativo de Carmona*...

Ha sido incluido en **Sombra hecha de luz**, *Antología de poesía andaluza actual, 1950-1978* (UNAM, México, 2006) y **Lengua en paladar: Poesía en Sevilla 1978-2018** (*Thémata*, Sevilla, 2019).

Los poemas que aquí se publican pertenecen a dos de sus libros inéditos: **En fin** y **Pequeña memoria**.

*Señor que vas a caballo
y no das los buenos días,
si el caballo cojeara,
otro gallo cantaría.*





*Mi pare y mi hermano Diego,
zapateros como yo,
y en casa de zapatero
descalcitos andamos to's.*



ELIANA NAVARRO

SOMBRA

Va surgiendo la sombra sobre la tierra inerte.
En el valle silente hay un temblor de frío,
mientras cunde entre el bosque una angustia de muerte
y una quietud extraña se cierne sobre el río.

Los álamos elevan, cual fantasmas gigantes,
crispados de dolor, los brazos ateridos,
y en ademanes trágicos, mudos y suplicantes,
los matojos huraños son enanos dormidos.

Va surgiendo en mi alma una angustia indecible...
En la penumbra amiga siento que alguien me nombra:
Siempre esa voz extraña, dulce e imperceptible.
Una voz, un recuerdo... Siempre, siempre la sombra.

VALS

En el salón aletean
las mariposas del vals...
El *parquet* va dibujando
con nitidez de cristal
las figuras enlazadas
que se mueven a compás.
Resbala desde las lámparas
una intensa claridad
que devuelven los espejos
o se trenza en un collar,
mientras flota en el ambiente
un vago aroma oriental
y surgen hombros de nácar
entre ondas de tafetán...
Como en un carrousel de seda
vamos girando en el vals.
Vamos tan cerca, tan cerca
que te podría besar
con empujarme un tantico
en la mitad de un compás.
(¡Qué escándalo, Dios del alma;
me oyerá mi capellán!)
Pero yo no pienso en nada
más que en el placer del vals,
en tus brazos que me ciñen
con extraña suavidad,
en tus labios temblorosos
que me turban de ansiedad.
Siento que ni una palabra
nos podría separar.
¡Qué importa las que te amaron
o las que pudiste amar,
ni las miradas odiosas
que nos habrán de cercar,
ni tu mundo ni mi mundo
que nos quieren separar!
¡Se ve todo tan risueño
desde un recodo de vals!
Entre un giro y otro giro

se vive una eternidad.
No existe nada ni nadie,
ni inquietud ni soledad.
¡Solo los dos prisioneros
en el anillo de un vals!

A LA MUERTE

Príncipe de la noche, caballero
que montas guardia junto a mi ventana,
no atiendas a que llegue la mañana,
ven, ahora que es alba y que te espero.

Alza en tus fuertes brazos de guerrero
el frágil tallo de mi flor temprana
y, como a novia mística y serrana,
guárdame bajo el puño de tu acero.

Aquí, como pareja enamorada,
huyendo del fulgor de la alborada
cruzaremos la noche sin ribera.

Y al dulce beso de tus labios yertos
han de quedar mis ojos siempre abiertos
a la luz infinita y verdadera.

HUÉSPED NOCTURNO

¿Vienes de dónde, viento?
¿De los grises barrancos
donde las quilas tejen su maraña?
¿De los oscuros montes, fatigado
de agitar avellanos, maitenes, araucarias?
¿De las lomas abiertas donde el trigo
te cuchichea efímeras palabras?

¿De dónde vienes, huésped adorado,
a detenerte junto a mi ventana?

¡Ah!, si contigo en esta noche
pudiera irme,
en tu carruaje de invisibles alas!
¿Me llevarías por las altas copas
de los pellines, sierra adentro,
por entre los pulidos campanarios
y sus locas agujas extasiadas,
bebedor de rocío, embaucador de juncos,
rondador de balcones, besador de hojarasca?

Entra, divino amigo pendenciero,
desgarra con tus manos olorosas
estas cortinas rancias,
sube aullando por las escaleras,
estremece las lámparas,
derriba estos retratos amarillos,
en las alfombras baila
y que baile contigo toda la porcelana,
los chales incoloros de mis tatarabuelas,
el reloj lento, lento
y su lenta, lentísima campana.
Con tus manos de duende,
y con tus pies de duende,
desgarra este silencio,
esta sombra, esta nada.

EN LA MUERTE DE UNA BAILARINA

A Isabel Glatzel

Círculos blancos, malva, ronda de los nenúfares.
El cuerpo como un lirio tembloroso en el viento.
Huye la voz, por miedo de herir la transparencia.
Queda solo el silencio.
El silencio candente y esa lejana música
que obedece a su cuerpo,
y esa lejana música en que los pies veloces

trazan sus arabescos.

Cae, viene la niebla
a diluir su cuerpo en húmedos anillos.
Isabel le sonríe.
Su traje es como un lirio tembloroso en el viento.
Círculos rojos, negros.
Alza Degas su mano y la pinta en el cielo.

INFANTIL

Para mis hijos

Suelen decir los vecinos
que la noche es andariega
y que gusta de salir
a corretear por la sierra;
que con su manta retinta,
toda listada de estrellas,
con sus espuelas de luna
y su bufanda de niebla,
sobre el caballo del viento
galopa las carreteras;
salta todos los barrancos,
escala todas las crestas,
y para apurar el vértigo
de esta insensata carrera,
hunde en el ijar del viento
su espuela de luna nueva,
y este corre desbocado
por las inmensas praderas,
mientras sus cascos de plata
levantan polvo de estrellas.

Cuando el sol, como un chiquillo,
sube a gatas por la sierra,
la noche corre a esconderse
a sus ocultas cavernas;
amarra el viento a los árboles
o lo suelta en la pradera;

dobla su manta retinta
toda listada de estrellas;
desciñe con gran cuidado
su espuela de luna nueva,
y solo contadas veces,
para evitar malas lenguas,
acepta prestar al sol
su gran bufanda de niebla.

CONVALECENCIA

Estoy sola en la paz de mi alcoba de enferma.
Rasgan el aire tenue voces a la distancia.
Por la ventana austera, que hoy se quedó entreabierta,
un aroma de juncos se diluye en la estancia.

Viene desde muy lejos, fatigado, el recuerdo,
subiendo lentamente los caminos del alma
y el cándido incensario del corazón dormido
hace arder la hojarasca de las horas lejanas:

de las que fueron mías por el éxtasis loco,
de las que nunca tuve, de las que me robaron.
Un cansancio infinito por las que ya se fueron.
Una dulce congoja por las que no llegaron.

AMIGA POESÍA

Me preguntan a veces: ¿Qué es de la poesía?
—Es una gran amiga. Suele venir por casa.
Le encanta alborotar. Ayuda tanto:
No puede ver las lágrimas.
Las recoge por todos los rincones
y las cuelga en las lámparas.
En el ropero guarda mariposas

y en algunas mañanas
toca el disco del sol en primavera
y la casa navega
agitada por nubes y cigarras.

Cuando el señor Invierno, sentado a nuestra puerta
se echa a fumar su pipa a bocanadas,
ordena los armarios
con especial esmero
y enciende en cada pieza
una llama de ensueño.

A veces la tristeza nos visita
con su capa de niebla tan extraña.
Todos queremos que se vaya pronto
y le hacemos desaires,
nos sonreímos en su propia cara.
Pero, si trae miras
de quedarse instalada,
entonces, de improviso
un almendro florido se levanta
en el mismo lugar que ella ocupaba
o una nueva ventana sobre el muro
copia un cielo de nubes extasiadas.
Recomienzan los niños sus rondas y sus juegos
y todo fue tan solo como un pérfido sueño.

HUYO MI SER

Huyo mi ser. Como una odiada sombra,
huyo mi ardiente corazón vencido;
huyo mi soledad, mi rostro herido,
huyo mi voz rebelde que te nombra.

Tienden aún su clara, dulce alfombra,
el musgo gris y el césped florecido.
Pero en mí está la muerte, la he sentido,
la contemplo venir, y no me asombra.

Huyo mi ser. En esta loca huida,
quiero apagar tu grito, tu mirada:
mas, surge aún la llama estremecida:

a firme guerra y duelo me provoca,
hasta que al fin, llorosa, fatigada,
dejo tu beso arder sobre mi boca.

LA FLOR DE LA MONTAÑA

A mi hermana Raquel

He mirado la flor de la montaña
solitaria crecer en la espesura,
única en el fulgor de su dulzura,
dócil al sol, rebelde a la cizaña.

La sierra de alma bárbara y huraña
al sentirla nacer, se transfigura,
como si en esa frágil estructura
ardiera todo el fuego de su entraña.

La envuelve el viento en lumbre de pureza.
El agua que la besa es más profunda.
Todo se hace más hondo en su belleza.

Nacida desde el sol en alto vuelo,
un hálito de ensueño la circunda:
junto a su cáliz se detiene el cielo.

SALMO DE PAZ

Y vinieron mujeres desde toda la tierra.
Dejaron un instante sus casas, sus pequeños,
su quehacer cotidiano.

Vinieron con la esperanza
como un sol entre sus manos.
Con el amor, como guirnalda de primavera
ceñido a sus vestidos.
De los valles del Asia,
del Perú con sus sierras nevadas,
de los anchos desiertos del África,
del Chile austral y sus montañas,
desde toda la tierra,
vinieron a decir una palabra:
PAZ
Vinieron a cantar un canto único:
PAZ
Vinieron a implorar la sola gracia:
PAZ
Con las manos unidas
formando una gran ronda indestructible
que abraza con su amor la tierra entera,
elevaron sus voces,
que son solo una voz,
como una estrella que arde para siempre
y canta sobre todos los cielos,
esta palabra:
PAZ

Eliana Navarro (Valparaíso, 1920-Santiago de Chile, 2006) estudió Filosofía y Derecho en las universidades Católica y de Chile. Casada con el poeta José Miguel Vicuña, fue delegada al Congreso del PEN Club en Fráncfort en 1959 y en 1963 asistió como delegada de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) al Congreso Mundial de Mujeres por la Paz en Moscú.

Trabajó durante más de cuatro décadas en la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, siendo durante muchos años jefe de la sección de catalogación.

*En 1973, constituyó con su familia el grupo teatral Mediodía, el cual, bajo la dirección de Teodoro Lowey, estrenó en el Templo Votivo de Maipú, ante un público multitudinario, **La pasión según San Juan**, poema para voces y coro. La publicación en 1980 de este auto sacramental le valió a Eliana Navarro el Premio de la Academia Chilena de la Lengua.*

*Entre sus libros de poemas destacan: **Antiguas voces llaman** (Santiago, 1955), **La ciudad que fue** (Premio de Oña, Santiago, 1965) y **La flor de la montaña** (Santiago, 1995). Su obra completa se publicó póstumamente bajo el título de **Ángelus de mediodía** (Santiago, 2008).*

Palimpsesto conmemora su poesía, tan olvidada, a los cien años de su nacimiento.



Eliana Navarro en 1940

LA POESÍA TAMBIÉN SE LLAMA ELIANA NAVARRO

ÓSCAR HAHN

La doctrina novecentista del arte por el arte fue reemplazada en el siglo XX por la doctrina de la innovación por la innovación. Es la retórica vanguardista de la ruptura permanente, de la experimentación incesante, aunque en su versión ultra no conduzca a ninguna parte. Frente a este canon se yerguen otros, que funcionan sobre la base de premisas opuestas y que acceden al fenómeno estético por vías distintas. Es el caso de la poesía de Eliana Navarro. Ajena al hermetismo y a las disonancias de la modernidad, opta por la claridad y por la medida. Esto lo percibió muy bien Eduardo Anguita cuando en el informe que le correspondió escribir para la Editorial Universitaria, dijo a propósito de *La flor de la montaña*: «Recomiendo vivamente su publicación porque aquí no hay vanguardismos ni audacias, sino la originalidad de lo prístino y simple». Unos disfrutarán de las osadías y malabares de *Altazor*, y otros de la sencillez y de la transparencia de *La flor de la montaña*. Un libro no tiene por qué anular al otro; los dos pueden coexistir y ser apreciados en sus propios méritos.

El título del libro, *La flor de la montaña*, ofrece una imagen muy certera de la obra de Eliana Navarro y también de su actitud ante la vida. Proviene de una de sus composiciones, en la que encontramos versos como los siguientes: «He mirado la flor de la montaña / solitaria crecer en la espesura, / única en el fulgor de su dulzura / dócil al sol, rebelde a la cizaña». El citado cuarteto contiene toda una estética personal: la soledad de la mujer poeta en la selva lírica nacional, la dulzura de espíritu que no empalaga, su apetencia de luz y su rechazo a usar la poesía como instrumento para la violencia formal o semántica.

A partir de esos valores, surgen con toda naturalidad sus poemas sobre la paz. Y es que la armonía rige su mundo interior y la paz es su ideal de vida individual y colectiva. La suya es una visión de madre, y desde esa perspectiva mira las tumbas en las que yacen los jóvenes soldados, «venidos de los más lejanos cielos / a dar la muerte y recibir la muerte». Es la contradicción total con la naturaleza materna, cuya condición esencial es dar la vida. La vocación pacifista de Eliana Navarro no solo se manifestó en la escritura. Ella también participó activamente en el Congreso Mundial de Mujeres realizado en Moscú en 1963, en el cual leyó su «Canto de paz», que es un verdadero clamor para que las madres se levanten contra la guerra:

Y fue de pronto al borde del camino
–extrañas flores–
ese bosque de cruces uniformes,
blancas, de una blancura fulgurante
bajo el sol estival.
[...]
¡Hombre del Siglo Veinte, veinte siglos
no te enseñaron el amor!
No te sirve la lumbre de la ciencia:
bajo el polvo candente, Nagasaki,
las alambradas de Auschwitz,
los campos de dolor.

Voy a referirme a otros tres poemas para mostrar la versatilidad de nuestra poeta dentro de su particular registro: «Saetas», «Huyo mi ser» y «En la muerte de una bailarina».

La saeta es el *cante* del pueblo andaluz que invoca a Jesucristo y a la Virgen María durante la Semana Santa. En «Saetas», Eliana Navarro muestra su maestría en el uso de la tradición popular castellana. Utiliza versos de 8 sílabas, con estructuras paralelísticas, para expresar su propio dolor, sentimiento al cual le asigna cualidades visuales y acústicas: el dolor es negro y es ronco. Cierto, las saetas son modos de expresión musicales, pero también son flechas simbólicas que hieren su alma.

SAETAS

Negra gavilla de sombras.
Negra tierra, negro sol.
Si el dolor color tuviera,
sería negro el dolor.

Ronco clamor de los montes,
ronco viento, ronco son,
¡ay! si el dolor se escuchara,
sería ronco el dolor.

Negro empañando mis ojos,
ronco acallando mi voz;
hondo clavado en mi carne,
¿por qué me sigues, dolor?

Eliana Navarro maneja con igual maestría tanto la copla popular como esa estructura más elaborada que es el soneto. Pero lo suyo no es el soneto barroco o

culterano; dentro de su poética de la tersura y el orden, opta por una formulación menos artificiosa. El mismo asunto de «Saetas» se reitera en el siguiente soneto:

AL DOLOR

En vano intentas retener mi brazo
entre los dedos de tu mano fuerte
y extinguir la alborada de mi suerte
con el pálido tinte de tu ocaso.

En vano viertes en mi claro vaso
tu oscuro vino de tiniebla y muerte.
En vano acecha tu pupila inerte
por detener el ansia de mi paso.

En vano, pues de ti ya liberada,
alza mi frágil mano desgarrada
un sacrosanto cáliz de alegría.

Y en la negra raíz de mi sollozo
brotan un perenne manantial de gozo
bajo el rojo esplendor del nuevo día.

Ahora bien, al comparar los dos poemas, vemos una diferencia radical. Si en las saetas se muestra acosada y oprimida por el dolor, en el soneto proclama lo contrario, es decir, que el dolor ha fracasado en su intento por subyugarla.

Es inevitable preguntarse por la fuente que genera ese sombrío sentimiento que la persigue. No sé por qué tiendo a especular que, en las dos instancias, la causa es el amor. Lo veo así quizás por la presencia de personificaciones como «intentas retener mi brazo / entre los dedos de tu mano fuerte». Pero tampoco se puede descartar el uso metafórico de esas palabras.

En cambio, hay otro soneto suyo que es expresamente de tema amoroso. Se llama «Huyo mi ser» («huyo» y no «huyó»). Empieza con un conflicto interior que amenaza a la esencia misma de la persona, dañada en lo más hondo por el amante. La resistencia al perdón tira la cuerda hacia un extremo, y el amor, que es su razón de vivir, la tira hacia el otro. Al final, la tensión se resuelve a favor del amor, porque en su pecho «surge aún la llama estremecida». Ella comprende que para que se mantenga encendida la «llama de amor viva», como la denomina San Juan de la Cruz, tiene que ser indulgente. Y el poema cierra así: «Hasta que al fin, llorosa, fatigada, / dejo tu beso arder sobre mi boca».

Otra faceta suya diferente puede verse en la hermosa elegía «A la muerte de una bailarina». Aquí abandona las formas métricas tradicionales y opta por el

verso libre, pero evita las tentaciones vanguardistas que puedan acechar desde una libertad mal entendida y se mantiene fiel a su poética del equilibrio y de la limpidez. Mediante la puesta en escena de imágenes pictóricas, el poema se abre como si fuera un cuadro de Monet: «Círculos blancos, malva, ronda de los nenúfares», y el cuerpo de la bailarina es «un lirio tembloroso en el viento». En este punto aparece la muerte, que interrumpe la danza para siempre. Ominosamente, los círculos han cambiado de color: ahora son rojos y negros. Y el poema culmina con un alejandrino impecable y de gran plasticidad: «Alza Degas su mano y la pinta en el cielo».

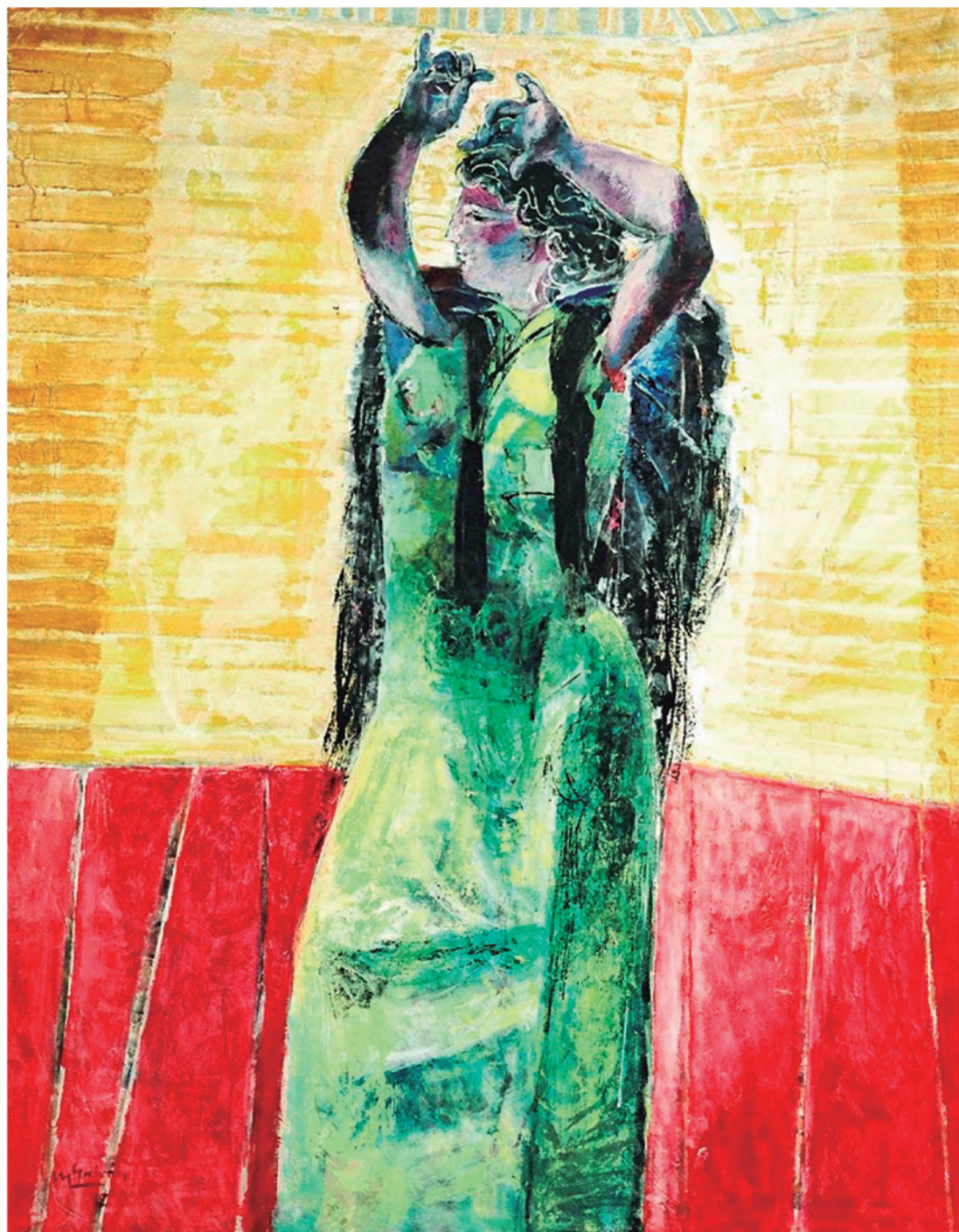
Una de las virtudes máspreciadas del arte de la poesía es su posibilidad de variaciones infinitas y su amplitud para acoger diversas propuestas estéticas. Algunos poetas preferirían que hubiera un discurso único, dominante, ante el cual todos deberían rendirse: el discurso de ellos por supuesto. Pero la poesía dice otra cosa. Y una de las cosas que la poesía dice es «Eliana Navarro».

Óscar Hahn (Iquique, Chile, 1938), doctor en Filosofía por la Universidad de Maryland y profesor emérito de la Universidad de Iowa, reunió toda su obra poética en **Poesía Completa 1961-2012** (con prólogo de Adriana Valdés y epílogo-entrevista de Francisco José Cruz, LOM, Santiago de Chile, 2012). Sus libros de poemas más recientes son **Los espejos comunicantes** (Premio Fundación Loewe, Visor, Madrid, 2015) y **Reencarnación de los carniceros. Visiones de la Era nuclear** (Visor, Madrid, 2019).

Algunos de sus ensayos y compilaciones son: **Fundadores del cuento fantástico hispanoamericano** (1998), **Magias de la escritura** (2001), **El pasajero de su destino** (antología de Vicente Huidobro, 2008) y **Poesía sin fronteras. Notas sobre poesía chilena** (2019).

Miembro de la Academia Chilena de la Lengua, recibió, entre otros galardones, el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2011) y el Premio Nacional de Literatura (2012).

En 2007, publicó en la Colección Palimpsesto, **Flor de enamorados**, transcripciones y recreaciones sobre el cancionero anónimo de 1562 y el 21 de mayo de 2010 dio una lectura de sus poemas en el Palacio de los Briones de Carmona, con motivo del XX aniversario de Palimpsesto.



*No te des tan malos ratos,
que, a fuerza de sinsabores,
tú misma te estás matando.*



*Por darle que hablá a la gente
me puse a pescar estrellas
con una caña en la fuente.*



KRIS VALLEJO

PROCRASTINACIÓN

En esta limpia sábana adormece
el vaivén del tráfico en mi cabeza
el brillo valiente de la música de un saxo
una nota que se desgasta entre las piedras del día

Sigo con la idea de disolverme junto a la palabra «mañana»
pero así como el sol no alcanza a rozar el horizonte
todo palidece en el tejado de la tarde

Tengo la sensación de ser
el lenguaje secreto de las cosas sin importancia:
la parte interna de mi vestido, el zócalo detrás de la cama
la tristeza del zapatero, el rosario dentro de un sepulcro

Hay una bahía cóncava en mis manos que ignora su
desembocadura

También me repito: ayer ya es nada
una incertidumbre que llega a la puerta
maleta en mano para oscurecer cada rincón con su aliento

VICEVERSA

Las camas huelen a sangre
Las camas huelen a pozo oscuro
Las camas huelen a promesas gimientes
Las camas huelen a constelación

Constelación de tristeza
Constelación de rumores
Constelación de olvidos
Constelación de historias

Historias de un rincón
Historias de esfinges coronadas
Historias de vestidos petrificados
Historias que no te pertenecen

No te pertenece esa cara redonda
No te pertenece la sombra y el naufragio
No te pertenece esta fila para morir
No te pertenece el mañana

Mañana me visto de mano crispada
Mañana me visto de cavidad oculta
Mañana me visto de palabra sucia
Mañana me visto de laberinto

En el laberinto planto un sauce
En el laberinto hay cadáveres salinos
En el laberinto hay astillas insalvables
En el laberinto pierdo el sueño

El sueño del escarabajo negro
El sueño recto del agua
El sueño terrestre lleno de alas
El sueño de mi soledad

60

Mi soledad es una vertiente nublada
Mi soledad es mi padre solemne
Mi soledad es la cola del viento
Mi soledad es este lenguaje

Este lenguaje que se deshace en los dientes
Este lenguaje que es bosque
Este lenguaje morado de la noche
Este lenguaje en las camas

Las camas huelen a sangre

RUIDO BLANCO

El dolor siempre está ahí
espera paciente en la mecedora
peinando humo

Lee revistas y se come el último pan

Cobija a todos en sus camas
besos en la frente
asegura con gratitud y tersura:
«no les olvidaré»

Nadie diría que no es leal ese dolor
llameante raíz
quieto como ciénaga
un ojo de ámbar
la ilusión de sumergirse en una tumba

El dolor siempre está ahí
solo es cuestión de que algo lo despierte

ENCONTRADA BIOGRAFÍA

No es cuestión de todos los días, pero sucede que, en el momento exacto o minutos antes o quizás un poco después, descubrí que afuera estaban el árbol y el camino

Indecisa, aparté mi bicicleta y me lancé al árbol

Ver el árbol, acercarme al árbol, comer del árbol,
dormir y llorar bajo el árbol
pareció lo preciso y así lo hice

«El camino puede esperar»

El gran árbol rodeó mi cuerpo en un robusto abrazo
y depositó para siempre una semilla en mi boca

Largo tiempo posé mi vida en el árbol
bebí del árbol, azoté al árbol y curé sus heridas

Un día desperté con la cabeza llena de pájaros y abejas
y supe que había que partir

Era hora de tomar el camino

El árbol, un poco deshojado, menos mielero
un poco más redondo e inmutable
me hizo ver que todo otoño es una despedida

Tomé mi bicicleta, mis pájaros y abejas
y arrastré los pasos al camino

Pero sepan que por donde vaya, sin importar qué tanto me aleje
jamás perderé de vista su hermosa copa

PESO

Se siente en la caída libre de la aorta
no en los senos

Se siente en la medida exacta
de una despedida
o en los párpados
luego de mucho leer
o llorar

TE CAMBIO ESTE POEMA POR UNA MONEDA PARA PAGAR MIS PECADOS

Te lo cambio por tus ansias de diluvio
por un candil, por un camino

Te doy este poema si me das esa lumbre alta y joven
esa lengua móvil e infinita
esa lluvia pálida del trópico
finísima como hermosa fiera

Te cambio este poema por un tramo de tu cuerpo desnudo
líquido, inmarcesible

Te doy si me dejas a tu animal interno
ese viento temerario, sol inagotable

Te doy este poema que escribí
sumergida en una caverna remota
sujeta en las rendijas del pasado,
colgada de la soga del insomnio

Llévatelo en la quietud que existe entre tus ojos
y separa este cáliz de mí
Quiero soñar de nuevo en la aurora violeta
con la que alucinan los muertos

RÉQUIEM

Yo vine a esta tierra
para tejer pájaros y enterrar a mi padre

Amortajarlo dócilmente
entre las teclas de un piano
y el polvo de nuestras voces
sentarlo con su mejor traje
entre Platón y Ramón Rosa

¡Con qué cuidado acomodé sus pies
para que no le asuste la ingravidez
de su nuevo peso!

Ahora veo abismos por todos lados
encima del armario
debajo de los sillones
dentro de los ojos de los niños

Sobre las quietas aguas del océano
revolotean entre bandadas hambrientas
estos nuevos ojos que tejí con mis manos

AQUÍ DONDE VIVO

Puntos negros en el cielo

Cielo ahogado, viejo, incendiado

Una vasta incertidumbre
que salpica de cuando en cuando gotas de fe

Solo la fe lo convierte en cielo
aún cuando se arremolina el nubarrón
que amenaza con destruir
todo lo que será:
promesa de mañanas templadas
al filo de oraciones a un Dios de madera y cal

Paraíso e infierno a la vez este cielo
Pero aquí vivo, me levanto abriendo ventanas al paisaje lejano
la respiración pedregosa del comienzo del día

64

Aquí me alimento, bajo este cielo
de rocío ácido y palabras nuevas
mercados estruendosos y adoquines resentidos

Aquí parí al tigre que ahora duerme bajo mi cama

NIÑA DE SAL

A Virginia, Alfonsina y Alejandra

«No quiero ir
nada más
que hasta el fondo»
ALEJANDRA PIZARNIK

Anoche murió la esperanza
despedazada por el rudo salitre
y queda la sensación de disolverme
con todas las cosas del mundo

Desnuda, iluminada
trato de ser canción,
Viento del Norte
fuego de almizcle

¿Dolerá ser espuma?

¿Ser lágrima?

Mientras el mar me tiende su brazo
en mi pensamiento aflora
un sabor a tormenta

*Kris Vallejo (Tegucigalpa, 1974), artista plástica, fue tallerista por dos años en Alicante, taller de poesía dirigido por el poeta Rolando Kattan. En noviembre de 2019 publicó su opera prima **Tigres sin memoria**. Su obra poética ha sido publicada en Honduras, México y recientemente traducida y publicada en Italia por el poeta Emilio Coco en el Almanacco dei poeti e della poesia contemporanea 6 y la Antologia della poesia honduregna de Raffaelli Editore.*





*Sopla el candí.
apágalo,
que ya clarea,
que ya amaneció.*



*Quando llamaron a Audiencia,
me dio escalofrío
como de un golpe, llenita la sala
y el mundo vacío.*



FRANCISCA AGUIRRE

LA BIENVENIDA

Ha vuelto. De nuevo está sentado a la mesa.
Muy breve es el diálogo. Pues
la historia de Ítaca se resume en lo cotidiano.
En su mirada yo escucho sin embargo
respuestas como el mundo.
A mi mesa se sientan Circe con sus sirenas,
Nausicaa con su juventud.
Con él están como una nostalgia
que fuera ya una culpa
las vidas y los rostros de las que amó,
el encanto implacable de cuanto arriesgaba
y la alegría de una entrega
más allá de sentimientos y moral.
Ha vuelto. No sabe bien a qué.
Pues más que a morir le teme a envejecer.
Sospecha de la calma como si contuviera un virus.
Soy para él peor que una traición:
soy tan inexplicable como él mismo.

EL EXTRAÑO

(Hay un extraño que visita mi hogar.
Viene a las mismas horas en que él solía venir.
Habla un parecido lenguaje, aunque con acento distinto.
No sé de dónde viene, cuánto tiempo piensa quedarse.
Me trata con afecto y a veces con ligero cansancio.
Le preocupan mis cosas —sabe mucho de mí—.
Pienso que debe ser amigo suyo,
pero sin duda es un amigo desleal:
presiento que lo odia.
A mí me asusta todo esto.
No sé cómo lo he de tratar,
cómo habré de decirle que no es esta su casa.
No quisiera llegar a ofenderlo:
hay demasiado parecido en él con el otro, que amo.
Y cuando está callado hasta yo misma los confundo.

Estoy muy asustada:
tengo miedo a que se quede para siempre.
Porque si este se queda
yo sé que nunca más volverá el otro.)

FRONTERA

A Ana Rosa y José María Guelbenzu

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto,
que fui —que soy— la que se anticipó,
la que acudió a la cita antes de tiempo
y tuvo que esperar en la consigna
viendo pasar el equipaje de la vida
desde el banco neutral de la deshora.

Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto
—como todos sabéis— que nunca debí hacerlo,

que hubiera yo debido meditarlo antes,
tener un poco de paciencia y tino
y no ingresar en ese tiempo loco
que cobra su alquiler en monedas de espanto.

Yo, que vengo pagando mi imprudencia,
que le debo a mi prisa mi miseria,
que hube de trocear mi corazón en mil pedazos
para pagar mi puesto en el desierto,
yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

Yo, que tanto me había anticipado,
no supe anticiparme un poco más
(al fin y al cabo, para pagar
en monedas de sangre y de desdicha
qué pueden importar algunos años).

Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco,
cometí el desafuero, oídlo,
de llegar tarde a la frontera.
Llegué con los ojos cegados de la infancia
y el corazón en blanco, sin historia.
Llegué (Señor, qué imperdonable)
con nueve años solamente.
Llegué, tal vez al mismo tiempo que él
pero en distinto tiempo.

No lo supe.

(Oh tiempo miserable e injusto.)
Estuve allí –quizá lo vi–
pero era tarde.

Yo era pequeña

y tenía sueño.

Don Antonio era viejo

y también tenía sueño.
(Señor, qué imperdonable:
haber nacido demasiado pronto
y haber llegado demasiado tarde).

y además, tenían la ventaja de ser muy baratos.
Claro que, como decía el dueño,
aquellos pobretones debían abrigar muy poco.
Pero nos daba igual, ya los arreglaríamos en casa.
Así que hacíamos tres montones,
y el dueño nos cobraba una peseta
por aquella montaña de desperdicios,
aunque antes de marcharnos
nos decía muy claro:
me los tenéis que devolver el lunes.
Y no creáis que no sé yo las hojas que tiene cada uno.

Y el sábado empezaba la aventura
porque lo que el librero no sabía
era que en cada libro había una mina,
y a veces, cuanto más viejo el libro,
mejor era la mina.

Y aquellas páginas marchitas
calentaban como una gran hoguera.
Y así, durante muchos sábados y domingos,
rodeadas de desperdicios ilustrados,
vivimos el milagro de abrigarnos
con las maravillosas páginas de Tolstoi en *Resurrección*,
o con las aventuras de Mark Twain,
con las desdichas de las *Pobres Gentes* de Dostoyewsky,
con los *Viajes de Gulliver*.
Pasamos hambre con Knut Hamsun, y comimos su *Pan*.
Viajamos al espacio y al fondo de los mares con Julio Verne.

Aquellos desperdicios de papel, desencuadernados y rotos,
fueron para nosotras
la deslumbrante Biblioteca de Alejandría.

Nadie ha tenido una universidad más mágica que aquella.



© ROSARIO ACAL

Francisca Aguirre en el Palacio de los Briones, sede de la Universidad Pablo de Olavide en Carmona, septiembre de 2014

Francisca Aguirre (Alicante, 1930-Madrid, 2019) empezó a trabajar a los quince años como telefonista y, a partir de 1971 hasta su jubilación, en el Instituto de Cultura Hispánica como secretaria del poeta Luis Rosales.

*Aunque es coetánea de los integrantes de la Generación del 50, la publicación tardía de su primer libro, **Ítaca** (Premio Leopoldo Panero, Madrid, 1972) limitó la difusión de su obra. A este primer libro de poemas, le sucedieron: **Los trescientos escalones** (Premio Ciudad de Irún, San Sebastián, 1976), **La otra música** (Madrid, 1978), **Ensayo General** (Premio Esquío, La Coruña, 1995), **Pavana del desasosiego** (Premio María Isabel Fernández Simal, Madrid, 1998). **La herida absurda** (Madrid, 2006), **Nanas para dormir desperdicios** (Premio Alfons el Magnànim, Madrid, 2008), **Historia de una anatomía** (Madrid, 2010), con el que obtuvo el Premio Internacional Miguel Hernández y el Premio Nacional de Poesía en 2011, y **Conversaciones con mi animal de compañía** (Madrid, 2012). Todos ellos recogidos en **Ensayo General. Poesía completa 1966-2017** (Madrid, 2018).*

*Ha escrito también un volumen de relatos, **Que planche Rosa Luxemburgo** (Premio Galiana, 1994) y el libro de recuerdos **Espejito, espejito** (San Sebastián de los Reyes, 1995).*

Hija predilecta de Alicante, en 2001 recibió el premio de la Crítica Valenciana por el conjunto de su obra y, en 2018, el Premio Nacional de las Letras Españolas.

Al cumplirse un año de su muerte, Palimpsesto recuerda a Francisca Aguirre, quien, en septiembre de 2014, invitada por la Sede de la Universidad Pablo de Olavide en Carmona, dio una lectura de sus versos y nos habló de don Antonio Machado.

FRANCISCA AGUIRRE, UN PULSO A LA DESGRACIA

FRANCISCO JOSÉ CRUZ

Francisca Aguirre, a sus nueve años, acompañada por sus padres y sus hermanas, una lluviosa noche de finales de enero, atravesó en penosísimas condiciones la frontera hacia Francia, camino del exilio, junto a miles y miles de personas des-pavoridas y derrotadas, entre las cuales, según lógicos indicios, se encontraría seguramente Antonio Machado. Ella refiere en su poema «Frontera» esta verosímil coincidencia de una niña –ajena a tan dramática circunstancia– con el viejo poeta que moriría en Colliure casi un mes más tarde. Con su familia, tras esperar infructuosamente en el puerto de El Havre semanas enteras un barco que la trasladara a alguna parte civilizada del mundo, no tuvo más remedio que volver a España para soportar incalculables humillaciones por ser hija del pintor Lorenzo Aguirre, quien, al formar parte del gobierno de la República, fue asesinado a garrote vil en 1942. Ni siquiera las súplicas de Francisca y sus hermanas, en insólita visita al palacio de El Pardo, un 16 de julio a la hija de Franco, niña también como ella, aprovechando que era su santo, evitaron la muerte de su padre.

Marcada, pues, por la miseria moral y económica de posguerra, no cedió nunca, sin embargo, a las tentaciones del rencor o la venganza, sino que, muy al contrario, siguiendo el conmovedor consejo de su abuelo materno, se metió dentro todo su dolor y lo puso a trabajar a favor de la vida. Con esta disposición generosa, fue haciendo suyos los principios humanistas de la Institución Libre de Enseñanza, heredados de su familia e inspiradores de la obra machadiana. Ellos le han permitido comprender a fondo las maravillas y los horrores de nuestra especie, hasta darse cuenta de que solo la piedad, la educación y la cultura son capaces de enfrentar la barbarie y darnos algo de felicidad. En este afinamiento de la sensibilidad, descubrió en su adolescencia la poesía de Antonio Machado, cuyo conocimiento ahondó y compartió de manera decisiva, ya en su juventud, con los poetas Félix Grande –su marido–, y Luis Rosales, quien la colocó junto a él en el Instituto de Cultura Hispánica, donde trató a grandes autores hispanoamericanos de la segunda mitad del siglo xx, como Julio Cortázar, Octavio Paz, Juan Carlos Onetti, Ernesto Sábato o Juan Rulfo. En este estimulante ambiente, pese a la cerrazón política de aquellos momentos, Antonio Machado no dejó de ser su referencia más luminosa, aunque su carácter pasional, expansivo y elocuente, a la vez compasivo y enérgico, parezca oponerse al talante abstraído y silencioso del poeta sevillano. De todos estos aspectos de su vida habló Francisca Aguirre en el Palacio de los Briones de Carmona, el 26 de septiembre de 2014, cuando Francisco

Hidalgo, director de la sede de la Universidad Pablo de Olavide de esta ciudad, aceptó mi propuesta de invitarla para dar una conferencia en el 75 aniversario de la muerte de Antonio Machado. Acompañada de su hija Lupe, aquellos dos memorables días que pasamos juntos, donde no paramos de conversar, fue la segunda y última vez que la vi.

Durante mucho tiempo, Francisca Aguirre solo fue para mí el nombre de una poeta y la mujer de Félix Grande, con quien me unió una larga y estrecha relación desde que, a comienzos de los 90 del anterior siglo, empezó a pedirme colaboraciones críticas para los *Cuadernos Hispanoamericanos*. Al principio, mi trato con Paquita era esporádico y anecdótico, limitándose a afectuosos saludos cada vez que ella atendía el teléfono para, inmediatamente, pasarme con Félix. Pero el hecho de que a veces él no estuviera, daba pie a que Paquita y yo cruzáramos más palabras de las consabidas y nos enredáramos en estimulantes charlas, las cuales me iban descubriendo su pasional elocuencia y extraordinaria memoria para recitar versos oportunos a la conversación de esos momentos. Así pues, cuando por fin Chari y yo, acompañados del poeta mexicano Antonio Deltoro, la visitamos en su casa de casi toda la vida para conocerla personalmente a finales de octubre de 2010, tuve la típica e inequívoca impresión de haber estado allí antes con ella y haber atravesado el interminable pasillo que conduce a la salita, atestado de libros, como un superpuesto muro de defensa contra la adversidad y el desánimo.

Esos miles de volúmenes señalan el largo y fructífero periplo intelectual de Paca y Félix y, al evocarlos ahora, imagino también ese mismo pasillo vacío, cuando en su infancia lo recorría Paquita, según cuenta en su escalofriante libro de recuerdos *Espejito, espejito*. Estas páginas resumen y revelan la lacerada intimidad de alguien que, teniendo todo en contra, salvo el amor de su familia, ha sabido echarle, con insólita tozudez, un pulso a la desgracia. Ya el reiterado diminutivo del título sugiere dicha intimidad y la decisión de afrontarla sin tapujos, de no engañarse lo más mínimo, como el espejo no miente nunca a la madrastra de Blancanieves, por mucho que le repita la pregunta. *Espejito, espejito* es ese oscuro pasillo interior en donde poesía y vida se encuentran para consolarse mutuamente. De ahí que, al margen de las valoraciones literarias, los textos en prosa y verso de Francisca Aguirre sean, ante todo, un impagable testimonio de coraje y bondad en medio de una época miserable que, como cualquier época así, nos hace dudar de la razón de ser de nuestra especie.

Esta voluntad de comprensión a fondo, a pesar de las humillaciones y carencias cotidianas, de las aberraciones padecidas en carne propia y en la ajena —que a veces es lo mismo— nace, a mi juicio, de una autenticidad a prueba de bomba, cuya fuente nutricia —en término de Emilio Miró al prólogo del recopilatorio *Ensayo general*— es el binomio «desolación y lucidez». Ambos estados, al complementarse (si responden más a las experiencias vitales que al fijo carácter), en lugar de paralizar el espíritu, lo reaniman y fortifican, hasta irradiar de la obra y la persona de Paca Aguirre una actitud antidogmática y un flujo afectivo conmovedores. Por esto, según el memorable verso de su poema «La espera», «nada ayuda tanto como

la realidad» porque –como nos insinúa con amable ironía– es lo único que tenemos y no es poco. Además, la realidad no es solo algo dado o impuesto, sino que, en la medida de lo posible, podemos rehacer gracias a la cultura y la imaginación creadora. Así, la liberadora dimensión estética se convierte en la gran experiencia de la vida, al punto de darle su verdadero sentido a todas las demás. Si bien esto que digo es perceptible en toda la trayectoria de Francisca Aguirre, se culmina y depura, a mi gusto, en su poema «Nana de los libros viejos», en el que sentimos, con estremecedora ternura, debido a la despojada y natural belleza de su tono, cómo la lectura resulta un escape esencial a la pobreza que, sin escamotearla ni siquiera maquillarla, la hace soportable y digna.

Dicho poema pertenece a su libro *Nanas para dormir desperdicios*, escrito en su vejez, cuya fuerza, entusiasmo y calado imaginativo nos previenen, una vez más, de la excesiva atención que se presta hoy en día a los poetas jóvenes por el hecho de serlo –como si la juventud fuera condición *sine qua non* de verdad o calidad poética–, cuando, salvo excepciones, solo el paso del tiempo y la manera de vivirlo hacen necesaria y singular una obra. En este orden de cosas, no estaría mal poner de moda la expresión *poesía de madurez*, como la que escribió desde sus tardíos comienzos Paquita Aguirre que nos ha enseñado con su vida y sus poemas a echarle un pulso a la desgracia.

Francisco José Cruz (Alcalá del Río, 1962) fue codirector de la revista de creación Ritmo de viento (1986-1989) y dirige en Carmona, desde su fundación en 1990, la revista de creación Palimpsesto.

*Ha publicado los siguientes libros de poemas: **Prehistoria de los ángeles** (Premio Barro de Poesía, Sevilla, 1984), **Bajo el velar del tiempo** (Sagunto, 1987), **Maneras de vivir** (I Premio Renacimiento de Poesía, Sevilla, 1998; México, 2004; Bogotá, 2006), **A morir no se aprende** (Málaga, 2003; Bogotá, 2006), **Hasta el último hueso. Poemas reunidos 1998-2007** (Mérida, Venezuela, 2007), **El espanto seguro** (Sevilla, 2010), **Con la mosca detrás de la oreja** (antología personal, Bogotá, 2011) y **Un vago escalofrío** (Bogotá, 2015, Valencia, Pre-textos, 2019).*

Además es autor de varias compilaciones y ediciones, entre ellas: Roberto Juarroz, Poesía Vertical. (Madrid, 1991), José Manuel Arango, Poesía completa (Sevilla, 2009), Poesía de la intemperie. Selección de coplas flamencas (Carmona, 2010), Carlos Germán Belli, Los poemas elegidos (Valencia, 2011), Pedro Lastra, Al fin del día 1958-2013 (Sevilla, 2013) y Humberto Ak'abal, No permitan que el ayer se vaya lejos (Bogotá, 2019).

A instancias de Juan Carlos Marset, por entonces delegado de Cultura del Ayuntamiento hispalense, creó en 2004 el proyecto Casa de los Poetas de Sevilla. Fue asesor literario de la Biblioteca Sibila-Fundación BBVA de Poesía en Español y actualmente lo es de la revista del mismo nombre.

LA ODISEA CON MINÚSCULA DE PACA AGUIRRE

JUAN VICENTE PIQUERAS

«Todo auténtico Ulises contemporáneo debe vestir más que la casaca del marino, la bata de andar por casa [...] y aventurarse en una biblioteca tanto o más que entre islas remotas; el Ulises de hoy ha de ser un experto en la lejanía del mito y en el exilio de la naturaleza, ha de ser un explorador de la ausencia y del incierto paradero de la vida de verdad.»

CLAUDIO MAGRIS

Primero conocí a Ulises. En 1977, navegando sin rumbo y estudiando Filología en Murcia, qué hacía yo allí, cayó en mis manos un libro de Félix Grande. El adolescente que yo era sintió una conmoción a la que el adulto que soy no sabe cuánto le sigue debiendo. El adolescente atormentado, perdón por el pleonasma, se vio reflejado y descrito en los quejíos que salían de las piedras, de la música amenazada, del taranto, del *Blanco Spirituals*. Conseguí sus señas y le escribí una carta agradecida y desmesurada. Una carta de siete folios escritos a mano, como se hacía entonces, con mi caligrafía adolescente, indescifrable. Su respuesta, de cuatro folios por las dos caras, no se hizo esperar. Todavía la conservo como una reliquia. Su caligrafía, de rara y aguda elegancia, era, incomprensiblemente, comprensible. No voy a citarla aquí pero ya en aquella primera carta me invitaba, generoso, hospitalario, a su casa de Madrid. A aquellas siguieron otras, cada vez más fraternas, hasta que no pude esperar más y me fui a Madrid a conocerlo en persona. Así fue como llegué con 18 añitos a la calle Alenza. Y así entré en aquella casa que desde entonces fue para mí un faro y un refugio en Madrid. Allí conocí a Félix, espigado, alto, con la cabeza coronada por una nube blanca. Y allí conocí a su esposa, Paca, que me acogió como a un hijo, y a Guadalupe, que entonces era una niña. Paca era como de mi pueblo, como de mi familia, y se fue convirtiendo casi sin darnos cuenta en *mi madre de Madrid*. Fue fácil. Ella estaba habituada a cuidar y yo a ser cuidado. Paca era el ama, y el alma, de aquella casa donde acudía a comer cada día Eladio Cabañero, el poeta injustamente olvidado que tanto me marcó como persona y como poeta. Recuerdo como si fuera ayer aquel día en que Eladio llegó, se quedó mirando a Félix y levantando su dedo índice le dijo: *Félix, te digo una cosa: Yo ya no soy de los nuestros.*

78

Por aquella casa pasaba mucha gente que yo admiraba mucho. Allí vi a Ernesto Sábato, a Paco de Lucía, a Luis Rosales, a Arnoldo Liberman, a Luis Landero...

Pero no es de la casa de quien ahora quiero hablar sino de su ama. *Yo soy un ama de casa que escribe*, solía decir Paca con humildad, ironía y no excesiva autoestima, cualidades hoy denostadas, pero para mí admirables (no ser nadie, reírse

de uno mismo, no darse importancia), que le hacían parecerse tanto a mi madre, y que dan un tono y una emoción especiales a su voz y a su vida.

Si la infancia es la patria del poeta (Rilke *dixit*), en la patria de Paca ocurrieron cosas espantosas que marcaron para siempre su manera de ser y de escribir. Tal vez fueron precisamente esas cualidades las que le impedían atreverse a publicar sus poemas durante años. Tal vez ella pensara que adolecían. De qué. De nada. Simplemente adolecían. *Siempre hay adolescencia y nada en el atardecer*, dice en el primer libro que publicó a los 42 años: *Ítaca*. Para mí fue uno de los mejores libros que había leído hasta entonces. Otro fue *Los trescientos escalones* por los que Paca descendía al sótano oscuro de su infancia para mirarse en un espejo azogado y subía al cielo para hablar con su padre. Los tres últimos poemas de ese libro están entre mis poemas preferidos.

Con *Ítaca* Paca consigue enriquecer el mito dando su voz a Penélope. Si Penélope, en vez de tejer, hubiera escrito poemas, este sería su libro. Paca-Penélope no se engañaba. Sabía bien que ella no era la protagonista de la *Odisea*. No había ido a la guerra de Troya, la guerra es cosa de hombres, y no era suyo el extravío buscando la derrota del retorno. Ella sabía dónde estaba. Su odisea era íntima, minúscula, tejida en secreto con constancia, paciencia y palabras sencillas. Las palabras mayúsculas, esdrújulas, no le pertenecían. Su habilidad era la de tejer sencillos poemas de amor y de abandono, de soledad, de días que se van y con ellos la vida, con palabras sencillas. Sus poemas piden y ofrecen auxilio en voz baja, hacen compañía musical y fraterna. *Llegué hasta el mar para pedir socorro y el mar me respondió socorro*, es su primer verso.

Paca-Penélope sabe que tanto la mitología griega como la historia de la poesía española le habían adjudicado un papel secundario, de reina abandonada, de ama de casa tejiendo en la penumbra de su espera. Asediada por el desaliento y el desengaño, pero feliz y enamorada de la vida, conoce y asume su destino. Sabe que Nadie, a su manera, la ama. Conoce el refinado orgullo y la callada elegancia de la resignación y sabe que no es menos digna que la indignación. Teje y escribe para hacerse compañía, para intentar comprender lo que le pasa y lo que no, para preguntarle al cielo y al horizonte por la palabra cuándo. Escribir es su forma de rezar, de esperar, de llorar, de dar las gracias, de pedir perdón. Es su manera de estar sola, de saber lo que siente, de sentir, de aprender verso a verso a prescindir.

Paca-Penélope sabe que su paciencia, que nace de su malherida infancia, la ha ido convirtiendo en la madre de Ulises. A veces piensa que tal vez por eso él se fue a la guerra, que la ofensa a Menelao no fue más que una excusa, que la larga demora en el regreso no es fácil de explicar en un marino tan experto como él. Sin Penélope, esposa y madre, tejiendo y destejiendo, escribiendo y tachando, no hay sirenas ni circes ni nausicas que valgan. Penélope lo sabe. Sabe bien que del ovillo en su regazo sale el hilo de Ariadna que guía a Ulises en su retorno. *Yo soy la abandonada de este reino, el mendigo que mira tras el cristal*. Su padre fue asesinado cuando ella era una niña. No quiere más abandonos. Solo quiere amor y mar. Aislada, desolada, solo el mar le hace compañía como un animal equívoco, como

una triste fiera compasiva. Telémaco no puede, no debe, ser el depositario de su desengaño ni el heredero ineluctable de su desdicha. Solo el mar. Solo el amor. La posguerra de Troya fue muy larga y muy dura.

Paca-Penélope mira el mar que la aísla y la acompaña, *el vago azul por el que te has perdido*, y regresa a su minuciosa tarea cotidiana de tejer y destejer poemas que nadie lee: *¿Quién sería el extraño que quisiera comprobar tu trabajo?*

Toda su poesía es un lamento ante el mar. Pide socorro y compañía y música al mar. Lo ve como una enorme *lágrima desatada*, canta su rumor, escribe sobre el renglón del horizonte su saloma en vilo, en vela (*recuerdo que pensaba que mi mejor respuesta estaba en no dormir*), su estera sonora que espera los pasos de quien se fue, porque la espera suena: *mantiene el eco de voces que se han ido*.

Paca-Penélope es, en realidad, el Ulises contemporáneo del que hablaba Magris. Porque *Ítaca está dentro o no se alcanza*. En cualquier caso, es el amor de Penélope lo que permite a Odiseo ir de Calipso en Circe, de pasión en isla. Sin ese eterno tejer y destejer, sin esa espera tenaz que atrae y ahuyenta a los pretendientes, sin ese jersey infinito de lana azul horizonte para íntimos inviernos, Ulises no sería más que un marinero extraviado, un torpe timonel, un hombre a la intemperie. Él solo sabe viajar siempre y cuando Penélope esté aguardando su regreso. De vez en cuando Ulises, desde algún puerto cuyo olor le recuerda las noches de amor que busca, la llama por teléfono no solo para saber cómo está y dar señales de vida o decir que ya llega, cosa que –después de tantos años– a su esposa le cuesta ya creer, sino para cerciorarse de que ella sigue esperándolo. No sé si él sabe que su osadía y su odisea dependen de la paciencia de Penélope, de la llama que solo ella mantiene viva, del amor voraz que provoca y alimenta su fuga y que aguarda su regreso. No sé si Ulises sabe que la espera de Penélope es el viento en las velas de su nave. Sí sé que leyendo *Ítaca* uno se dice a sí mismo *¡Pobre Ulises!*, después de haberse dicho *¡Pobre Penélope!* Y que esos dos «pobres» sujetan, el uno con su ida, la otra con su espera, el hilo de voz que mantiene unidos los poemas de ambos.

Hay días, hay poemas, en que Penélope llega a mirar el horizonte con la avidez del fugitivo, con el deseo de irse, de escapar a su destino, pero sabe –siente más que sabe– que nunca se irá, que nunca abandonará *Ítaca* porque *Ítaca* está dentro, porque *Ítaca* es ella. Y porque el tálamo nupcial está labrado en un viejo olivo que todavía tiene hundidas sus raíces en el suelo y no puede moverse. Y porque siente en su corazón *un estallido de paciencia que envuelve al mundo en suaves abrazos de ceniza*.

Penélope no se engaña. Sabe que mayor que el miedo a que Ulises no regrese es el de que regrese y no sea el mismo (léase «La bienvenida») o, peor, de que regrese y no sea él mismo (léase «El extraño»). Sabe que Ulises no es el que es. Sabe bien por qué Esquilo lo llamó *hijo de Sísifo*, por qué Calderón lo quiso protagonista de *los encantos de la culpa*. Penélope no se engaña sobre la condición de su esposo ni sobre la suya. *Soy para él peor que una traición: soy tan inexplicable como él mismo*. Sabe que su *constancia, más fuerte que el cansancio*, es su enemiga y, al mismo tiempo, su refugio y su condición. Sabe que todo es un sueño mendigo

porque, *sin duda, tener no es lo nuestro, y sí soñar desesperadamente.*

Sabe también que en la espera, sin necesidad de salir de Alenza-Ítaca, hay viajes y aventuras, travesías salvajes que nada tienen que envidiar a las de Ulises, que no todo es desolación y soledad, que en la tela que teje, en sus poemas, está contada y cantada la historia de su vida, su sangre, su alegría, la niña asombrada que nunca dejó de ser, todo su amor.

Años más tarde, en *Ensayo general*, la voz de Penélope se transforma en la de Casandra. De niña las serpientes le habían lamido por dentro las orejas y podía oír el futuro. Apolo le había dado el don de la profecía, pero también le había escupido en la boca para que sus palabras, aunque dijese la verdad, no fuesen creídas. Ella sabía que el caballo de Troya era una trampa, pero nadie le hizo caso. Ella sabe y dice y predice, pero su destino es ser desoída. Solo le queda escribir sus lamentos. Los treinta y dos sonetos que conforman los *Cantos de la troyana* son uno de los momentos más escalofriantes, auténticos y originales, en tema y tono, de la poesía española.

De Ítaca a Casandra, pasando por Alenza, la poesía de Paca es una voz desoída, un clamor susurrado, una profecía desolada, una mano vacía y tendida, un largo poema de amor que pide socorro al mar, una mujer que espera, *viuda de certidumbres y comprendiendo que lo único posible es ir muriendo junto a ti en una cama o en cualquier lugar, y aceptando mi sueño y tu vigilia como el aprendizaje de un hondo prescindir que algún día será definitivo.*

Conviene no olvidar que Casandra comprendía el lenguaje de los animales, y que la tela que Penélope tejía y destejía era un sudario.

Juan Vicente Piqueras (Los Duques de Requena, 1960) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia, y vive fuera de España desde 1987 dedicado a la poesía y a la difusión de la lengua y la cultura españolas. Ha vivido en Francia, en Roma (su ciudad, durante 20 años), en Atenas, en Argel, en Lisboa, y actualmente en Ammán. Ha publicado los siguientes libros de poemas: **La palabra cuando** (Premio José Hierro de Poesía, Madrid, 1992, 2001), **La latitud de los caballos** (Premio Antonio Machado en Baeza, Madrid, 1999), **La edad del agua** (Lucena, 2004), **Adverbios de lugar** (Madrid, 2004), **Aldea** (Premio Valencia de poesía, Premio de la Crítica Valenciana, y Premio del Festival Internacional de Medellín, Madrid, 2006), **La hora de irse** (Premio Jaén de Poesía, Madrid, 2010), **Yo que tú** (Barcelona, 2012), **Atenas** (Premio Internacional Fundación Loewe, Madrid, 2013), **La ola tatuada** (Madrid-2015), **Padre** (Sevilla, 2016), **Animales** (Lucena, 2017), **Narciso y ecos** (Sevilla, 2017), y **Ascuas** (Logroño, 2019). Ha traducido la Poesía Completa de Tonino Guerra, Una calle para mi nombre (antología del poeta de Sarajevo Izet Sarajlic), Cosecha de ángeles (antología de la poeta rumana Ana Blandiana), El hambre del cocinero y Encima del subsuelo del poeta griego Kostas Vrachnós, El huésped en el bosque de Elisa Biagini, y Refugiarme en una palabra de Cesare Zavattini.

PACA

MARGARITA SÁNCHEZ

Érase una vez una terraza en Roma. Verano. El poeta Juan Vicente Piqueras era el anfitrión en aquella fiesta al aire libre. Vino, risas, conversaciones. Piqueras abrió un libro y empezó a leer, con esa voz que tiene, un poema con el que conmocionó a todos y a mí me movió la estantería. Después de una pausa teatral nos miró, cerró el libro y dijo: *Señoras, señores, esta es Francisca Aguirre*. Fue la primera vez que escuché su nombre y tuve la certeza de que acabaría conociéndola.

Meses después, ya en Madrid, Piqueras me invitó a una cena en casa de unos amigos y allí me presentaron a Guadalupe. Lupe la llamaban todos. Parecía haberse escapado de un cuadro de Paul Gauguin. Lupe era poeta también. Hablaba de un tal Félix Grande. Ese sí que me sonaba y fue la excusa para que entablásemos conversación. *¿Te gusta la poesía de Félix Grande?* –le pregunté– *Algunas cosas sí y otras no*. Pero que, sobre todo, era su padre. Después alguien me dijo que Félix Grande era el marido de Paca Aguirre. Otra vez el nombre Paca.

Con el tiempo, me fui haciendo amiga de Lupe. Por fin llegó el día en el que los astros se alinearon para que pudiera conocer a Paca. Lupe inauguraba su casa y me invitaba a cenar. No conocía a ningún asistente, poetas en su mayoría, pero iba a conocer a Paca. De entre todos los allí reunidos, una mujer morena de pelo corto y rizado destacaba por su sonrisa. Iba intercalando anécdotas con su carcajada de cascabel. Recuerdo perfectamente que llevaba un collar. Esa mujer era Paca.

Durante la cena solo tuve oídos para ella. Tenía magnetismo de actriz cuando narraba sus recuerdos. Yo la miraba sonriendo. El flechazo se había producido. Me regaló un ejemplar de su libro *Espejito, espejito*. Debajo de la dedicatoria me apuntó su teléfono. Con la lectura de *Espejito, espejito* conocí buena parte de su vida y empecé a quererla.

Mi amistad con Lupe iba creciendo. El año que coincidimos las tres en Roma, yo iba a buscarlas al hotel para pasear por la ciudad. En aquella época, a Paca le dolían mucho las rodillas y se cansaba muy rápido. Yo no me separaba de ella y me paraba las veces que necesitara, y eso me facilitaba quedarme a solas con ella. Entre descanso y descanso, me contó muchas cosas: *He sido una fumadora empedernida. Me fumaba dos cajetillas diarias hasta que el médico me dijo: o lo dejas o te mueres. Yo lo dejé, lo dejé de un día para otro. Soy así. Fue duro porque tenía asociado el cigarrillo a la escritura y durante meses estuve sin escribir una línea. Me tiraba a la calle a caminar. Mi único objetivo era dejar de fumar. Lo bueno de andar tantísimo es que se me quedó un tipazo que, como decía mi portera, parecía la Venus de Mirlo*. Remataba la anécdota con una coletilla: *Tú vete contando*.

Tiempo después compartiría conmigo algunas anécdotas vividas con sus amigos a los que yo no conocía. *A Pepe le gustaba mi tortilla de patatas. Me pedía, hazme una poco hecha, Paquita, anda, que esté babes. Pepe, además de ser un poeta extraordinario, es como un hermano para Félix y para mí. Él fue quien nos presentó en el Ateneo, cuando recitábamos a Rilke en alemán sin saber alemán. Años después, cuando nos casamos, Pepe vino al convite. Lo celebramos en un merendero y nos dejó las llaves de su casa, en Santander, para que nos fuésemos a celebrar allí la luna de miel. Ese Pepe era José Hierro. Contaba que ese sí que era un fumador empedernido. Con oxígeno y dando conferencias, fumaba por debajo de la mesa. Tiene un poema... –y recitaba– «Cuando salí de ti, a mí mismo / me prometí que volvería. / Y he vuelto...», que luego te leeré, Marga.*

Estaba fascinada con sus historias. No quería que parase nunca. Me contó cómo representaba zarzuela con Fernando y con Eladio. Yo no preguntaba quiénes eran porque sabía que, tarde o temprano, terminaría sabiéndolo. Lo mejor de todo es que ya era imparable mi implicación y desembarco en la vida de Paca.

Otro día me habló de cuando sacó de la cama a Onetti para que diera una conferencia. Y otro me mencionó a Rulfo: *Cuando Rulfo vino a Madrid...* –¿Juan Rulfo? interrumpí– *Sí, Juan Rulfo. Félix se atrevió a preguntarle por su conflicto con Octavio y nos dijo: Es que Octavio no sabe beber. El conoce muy bien que soy de Jalisco y a los de Jalisco no se nos puede mentar la madre. Pues cuando lo vea voy a tener que matarlo.* La anécdota la contaba con un divertidísimo acento mexicano.

El nombre de Luis aparecía constantemente. Luis era Luis Rosales. Su jefe en el ICI, su maestro y sobre todo su amigo. Félix tenía una foto suya en el dormitorio. Luis Rosales era un señor con gafas y con una cría de búho real en el hombro.

Otro nombre aparecía también: Carlos. Un poeta al que Paca definía como muy peculiar. Ella lo adoraba porque venía a sacarle a pasear cuando estaba embarazada de Lupe. *Carlos me preguntaba por las mañanas: Paquita qué hago, desayuno o me cepillo los dientes. Claro que –decía perpleja– para escribir Los aerolitos no se puede ser de otra manera. Luego te dejó el libro.* Ese era Carlos Edmundo de Ory. *Muchas veces salía de la habitación en bolas, para espanto de la tía Nina, que me pedía: por favor, Paquita, dile a ese hombre que se ponga algo cuando salga al pasillo.*

Quedaba muy poco para que, por fin, conociera la casa de la calle Alenza. El pasillo, el pasillo de la calle Alenza, 8. El pasillo biblioteca de quince metros era lo más característico. *Aquí Félix se tumbó todo lo largo que era la noche del golpe de Tejero, mientras me decía: Paquita, Lupe y tú os vais de España, pero yo me quedo aquí. Esta es mi vida, mis libros...* Una casa repleta de cuadros y libros. La mayoría de los cuadros eran de su padre, Lorenzo Aguirre. *Mira, –señalaba otro cuadro– este es de Diego. –¿Diego?– Diego Jesús Jiménez, un poeta fundamental. Ahora te leeré algo de él. Creo que «Color solo» te va a gustar. Ha muerto hace muy poco. Tengo que ver a Társila, su mujer, que está destrozada. Te la presentaré. Nos vamos ahí a casa Mingo y nos comemos un pollo con ella.*

Társila, que bonito nombre –le dije yo– También su hija se llama Társila y una de sus nietas. Esta acuarela es de ella, de Társila, hija. Mira, Marga –señalándome otro cuadro– este es de mi hermana Susi, que es una pintora de primera y pudo llegar a ser..., pero bueno, la vida...» Lo que venía después de los puntos suspensivos lo iría conociendo más tarde.

Alenza, 8. Una casa con olor a café. Una casa acogedora. Y seguía contando: *Por este pasillo entró Juanvi Piqueras cuando todavía era un chavalín. Venía cargado de tomates, pepinos, pimientos, hasta melones traía: Aquí os traigo las cosas que cría mi padre. Y Julio (Cortázar), que era tan alto que se chocaba con la cabeza al entrar. Bueno, y tantos y tantos han recorrido este pasillo...* Empecé a frecuentar Alenza 8, a veces con Lupe y a veces sola. Me encantaba estar con Paca. Escucharla recitar. Generalmente, no poemas suyos, sino de otros. Yo le hacía preguntas y ella siempre encontraba la manera de relacionarlo con un poeta favorito suyo, recitando algún verso: *Amadas sean las orejas sánchez, / amadas las personas que se sientan, / amado el desconocido y su señora...* Me gustó mucho ese trocito y la interrumpí: *¿Qué es eso Paca? Qué bonito lo del «desconocido y su señora». Los estoy viendo.*

¿Pero es que tú no has leído a Cesar Vallejo? Y, sin hacerme sentir una ignorante, sacaba el libro de la estantería y me leía una selección de poemas de Cesar Vallejo, que en la voz de Paca sonaban a vida, a emoción, a cercanía. Daba la sensación de que no era difícil escribir poesía.

Ya éramos amigas, aunque yo le pedía más. *Paca, por favor, adóptame.* Le pido permiso a Lupe. *Pues claro Marga, claro que te adopto. Adoptada.* Se parecía tanto a mi madre... Cada una en su estilo. Paca cuenta en un poema cómo ...*correría hasta salirme de la tierra* y la Pepa, mi madre, que era de otra forma, amenazaba con coger el autobús circular y no volver a casa para que aprendiéramos.

Paca me ha permitido acompañarla al médico, recoger informes, radiografías. Hemos mirado juntas los boletos de lotería y comprado el rasca. He tomado café y vino con ella. Le he tomado la tensión. Hemos comido torreznos a espaldas de Lupe, le he recordado los aerosoles, las pastillas. Le he dado masajes de pies que le chiflaban. Así fui entrando cada vez más en el corazón de Paca, para quedarme a vivir. He tenido la suerte de escucharle decir: *¿Te he dicho que te quiero mucho, verdad, Marga?* Y yo: *No. No me acuerdo, dímelo otra vez.* Nos abrazábamos. Privilegio también el de sentarme en el mismo lugar donde han estado sentados tantos escritores a los que admiro. Aunque la silla que más me gustaba era la que ocupaba Paca. Allí me sentaba yo cuando estaba libre, con la esperanza de que se me pegara algo de ella. Paca ya estaba en mi vida o, mejor dicho, yo ya estaba en la vida de Paca cuando una tarde nos pusimos a escuchar música. A ella y a mí nos gustaba mucho Marifé de Triana. Escuchamos una de sus canciones y, cuando terminó, dijo: *Y pensar que Dostoievski necesitaba 800 páginas para decir esto mismo.* Generosamente estaba compartiendo conmigo su sentido del humor, haciéndome conocedora de la sabiduría popular y de la poesía que encerraba la

copla. Me aprendí de memoria algunas que solía mencionar de vez en cuando: «*La noche del aguacero / dime dónde te metiste / que no te mojaste el pelo.*» «*De las dos que están bailando / la que lleva el delantal / es la novia de mi hermano, / pronto será mi cuñá.*» «*El reloj está en la torre. / El mochuelo en el olivo. / En mi corazón la pena. / Cada cosa está en su sitio.*» Tú vete contando...

Me presentó su colección de elefantes. Coleccionaba elefantes por un cuadro de su padre en donde aparece un elefante blanco. Era un regalo con el que siempre se acertaba, decía *Pa la tribu* y lo metía en la vitrina, donde además tenía un peine de hueso con siete elefantitos, que le regaló Octavio Paz.

Le gustaba hacer «cuchipandas». Nos reuníamos a merendar. Un día de los que ella llamaba de cambiar el mundo, dijo una frase que suelo utilizar a menudo: *Lo peor del poder no es que envilezca o que corrompa. Lo peor del poder es que homologa. Tú vete contando.* También se me ha quedado la coletilla. Otra frase de Paca es esta con la que me levanto esperanzada: *Las cosas más raras de la vida suceden en la vida.*

No puedo hacer una semblanza de Paca sin contar todo esto. Me dejó fuera su amor a las plantas, los animales, incluso a los minerales que tanto le gustaba regalar. Ella es tan grande y profunda como ese mar que le gustaba tanto. Ella lo abarca todo. Tuve la suerte de disfrutar de ella y con ella. La quiero de arriba abajo, es lo más sincero que puedo escribir.

Una vez escuché que, cuando morimos, llegamos a una feria, donde los *tickets* para montar en las atracciones son los recuerdos que nos envían los vivos. Ojalá Paca se haya encontrado en esa feria con Félix, Luis, Pepe, Diego, Carlos, Fernando, Eladio, Julio, Olga, Onetti... y haya podido conocer a mi madre «La Pepa». Solo con los *tickets* que yo les envíé a diario, tienen para aburrirse en la noria hasta que yo me reúna con ellos.

Y colorín colorado este cuento ni tan siquiera ha empezado.

Margarita Sánchez (Madrid, 1962) es dramaturga, actriz y fundadora en 1982 de la Compañía Cocktail T.P. y de la Sala San Pol de Madrid, donde estrena sus primeros textos: ¡No, no, no! Fiebre del sábado por la noche en cuatro tiempos (1982), La misteriosa venganza de Thomas Kraus (1989) e Historias de amor, muerte y pasión sin ninguna conexión (1984).

En 1989 recibe el accésit del Premio Marqués de Bradomín con la obra Búscame en Honolulu (1988).

Con Ignacio del Moral ha escrito Historias paralelas (1987) y Ha llamado tu hijo (2003), ambas estrenadas, además de en España, en Atenas, Salónica y Chipre.

Otras obras estrenadas son: Mi mapa de Madrid (2010), La antesala (2013) y Puntadas sin hilo (2014).

En la actualidad prepara el estreno de La niña de El Verdugo, basada en el rodaje de la película El Verdugo de Luis García Berlanga.



811



*Ya habían dao las doce
cuando lo sacaron,
ya no son blancas las blancas paeres
donde lo mataron.*



*¡Qué pena tan grande
que no cambia el tiempo,
y no se mueve ni una nubecita
que acabe con esto!*

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

- Cubierta: Bailaora (1981)
Sin catalogar.
- Pág. 2: Quevedo (1978)
130 x 97 cms. Mixta sobre tela.
- Pág. 4: Silverio Franconetti (1979)
70 x 50 cms. Mixta sobre papel.
- Págs. 26-27: La fuente de lo jondo (1980)
142 x 244 cms. Óleo sobre tabla.
- Pág. 28: Niña de los Peines (1981)
34 x 30 cms. Mixta sobre papel.
- Pág. 33: Bodegón
75 x 59 cms. Mixta sobre papel.
- Pág. 34: Bailaor (1978)
30 x 20 cms. Mixta sobre papel.
- Pág. 41: Mujer pensativa (1973)
40 x 77 cms. Mixta sobre papel.
- Pág. 42: Tres mujeres (1975)
100 x 100 cms. Acrílico sobre tela.
- Pág. 57: Bailaora (1982)
146 x 114 cms. Acrílico sobre tela.
- Pág. 58: Frutero y familia (1980)
122 x 122. Acrílico sobre tabla.
- Págs. 66-67: Amantes (1980)
85 x 100 cms. Acrílico sobre tela.
- Pág. 68: Reunión (1974)
114 x 174 cms. Acrílico sobre tela.
- Págs. 86-87: Cantaor y guitarrista (19??)
Sin catalogar.
- Pág. 88: Flamenca en reposo (1982)
92 x 73 cms. Acrílico sobre tela.
- Pág. 90: Guitarrista y perro (1984)
100 x 81 cms. Mixta sobre tela.
- Págs. 92-93: El limón es amarillo (1975)
40 x 70 Mixta sobre papel.
- Pág. 94: José Menese (1963)
40 x 22 cms. Guache sobre papel.

*Te tengo comparáita
con la tapia de un convento,
teniendo tantas ventanas,
nadie sabe lo que hay dentro.*



FRANCISCO MORENO GALVÁN (Puebla de Cazalla-Sevilla, 1925-1999), por su temprana habilidad para el dibujo, ingresó en la Escuela de Artes y Oficios de Sevilla, pasando a la Escuela Superior de Bellas Artes, donde estudió entre 1941 y 1946. En 1949, obtuvo la Beca Murillo, otorgada por la Diputación hispalense, que le permitió viajar por algunas ciudades españolas. En 1951 se trasladó a Madrid, relacionándose con personalidades de la talla de Chumy Chúmez, Antonio Mingote, Fernando Quiñones, Antonio Gala o Caballero Bonald. Su trato con miembros del grupo El Paso lo instaló de lleno en el arte contemporáneo.

En la década de los 50, participó en la I Bienal Hispanoamericana de Arte. Su polifacética figura le llevó a crear carteles de eventos, portadas e ilustraciones de libros, carpetas discográficas e incluso decoraciones para películas como Rey de Reyes o El Cid, producidas por Samuel Bronston.

Durante el cuarto de siglo de su estancia madrileña, desarrolló cabalmente su dedicación al flamenco –por el que se sintió atraído desde niño–, tanto en su vertiente literaria como pictórica. Sus letras –cantadas entre otros por Diego Clavel, Miguel Vargas y José Menese, de quien fue su descubridor–, sin perder el tono originario de las coplas anónimas, renovaron y actualizaron, pese a la censura franquista, los temas de siempre, yendo del desahogo o la queja tradicionales a la denuncia sociopolítica. Según él, «el flamenco es el sistema más eficaz para calar en el corazón del hombre. En ningún otro arte se puede llegar a plasmar la realidad y crudeza de la vida como en el flamenco. Es ternura y coraje, desesperación y esperanza; florecer, vivir y morir al mismo tiempo. Es la manera más hermosa para denunciar, para protestar. Por eso el flamenco sobre todo es rabia; no se puede cantar bien si no se hace con rabia.»

Su obra plástica, influida al comienzo por Vázquez Díaz y Zuloaga, posee una indudable impronta picassiana. Rica en soportes y técnicas (murales, óleos, acrílicos, obras en papel, collages) nos da una nueva visión estética del flamenco, alejada del típico realismo costumbrista. Mediante un expresionismo figurativo, de trazo vigoroso y de una personal concepción de líneas y volúmenes, plasma retratos, bodegones y escenas del cante, del toque y del baile en los que proyecta su propia vivencia del arte jondo. En 1977, regresó definitivamente a su pueblo natal, donde, como concejal de Urbanismo, recuperó la arquitectura popular andaluza, rehabilitando jardines, plazas, calles y edificios con elementos como la cal, el hierro, la madera y el ladrillo. Allí, fundó además el festival flamenco Reunión de Cante Jondo, ocupándose de todos sus detalles formales y temáticos, en aras de una cuidadísima puesta en escena.

En palabras de José Manuel Caballero Bonald, Francisco Moreno Galván, «este morisco de aire patriarcal y cabeza romana, con pinta de picador retirado o de tratante de ganado mitológico, guarda en su alacena de pintor la clave de una doble consigna estética: la de la cultura popular heredada y la de la cultura aprendida en las más modernas páginas de la historia del arte. O de la historia social de la vida.»

Palimpsesto agradece a los herederos del artista el permiso para reproducir, junto a algunas de sus letras, estas imágenes, extraídas del extraordinario archivo de Manuel Herrera Rodas, a quien también agradecemos su denodada y fructífera entrega al flamenco durante tantos años.



Abolition Perpetua
Amica



*Lástima me vienes dando
de verte como te veo
y no podé remediarlo.*

PALIMPSESTO 35

Revista de Creación
2020

Dirección:

Francisco José Cruz

Coordinación Editorial:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edición:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Municipal *José María Requena*
Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. 95 419 14 58 - biblioteca@carmona.org
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRAPRINT, S.L.- Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 7
Teléfono 955 183 352 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

I.S.S.N.: 1885 - 9429

Depósito Legal:

SE - 820 - 1990

Carmona 2020



Excmo. Ayuntamiento de Carmona